

G. ROQUAIS

MORAL DEL CRISTIANO

Para jóvenes y adultos



G. ROQUAIS, con la colaboración de J.P. Bagot

MORAL
DEL CRISTIANO
Para jóvenes y adultos

DESCLÉE DE BROUWER

Versión española de: José Luis Albizu.

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A. 1991
Henao, 6 - 48009 BILBAO

Prefacio

Hay expresiones figuradas de un sabor popular, que les asegura el éxito. Pero traducen bien una realidad, que no es sonriente. Muchos jóvenes quedan «palmados», en total desconcierto. Tienen la impresión de estar flotando, de «planear» en un mundo sin consistencia, incapaz de proponerles las razones de vivir. En una sociedad enquistada sobre los medios de vida, que al mismo tiempo se los rehusa con un para masivo, tienen la sensación de estar de más... Nada sorprendente, que se evadan de mil maneras.

Sin embargo, barruntan que los caminos de facilidad son pistas falsas. Piensan que hay que superar al hombre, como decía Nietzsche. Aun si se arrastran, aspiran a ser hombres y mujeres de pie —como el Nuevo Adán— el Hombre Nuevo, de pie, resucitado... Pero ¿quién se lo revelará?

Tentados de retirarse a tiempo, de seguir la ley del más fuerte, adivinan que el porvenir no está en la jungla, sino en una ciudad fraternal. ¿Cómo llegar a ella, si no se sienten hermanos, hijos del Padre común? Pero ¿quién se lo revelará?

Los jóvenes tienen necesidad de puntos de orientación. Y más todavía de hombres-orientación y de mujeres-orientación, testigos y profetas.

Algunos comienzan incluso a reclamarlos. Su petición es ambigua. Demasiado directivo, les asusta, huyen y vuelven a sus andanzas errantes, a sus violencias, a sus sueños en la pandilla, grupo informal y a menudo deformador. Demasiado dúctil, por temor a influenciarles o a perder contacto, les decepciona: «Yo buscaba en mi padre un compañero y encontré un cómplice», decía desengañado un joven alemán a su obispo, que me contó el hecho.

En estrecha colaboración con el P. Jean-Pierre Bagot, el P. Guy Roquais, curtido en su experiencia de capellán de jóvenes, ayer en el Ejército, hoy en el Liceo, les propone aquí una guía para su itinerario de hombres y de mujeres. En un lenguaje accesible, servido aquí y allí con una fórmula feliz, recorre el conjunto del terreno y baliza un camino. Subiendo camino, no siempre fácil. Pero pretender que una verdadera liberación puede conquistarse sin costas, ¿no es embaucar a los jóvenes?

Aquí se repasa todo, el dinero, el sexo, el hambre, los otros... Y Dios (que no es un sumando). Aquí tenemos una pequeña «Suma», un itinerario propuesto a quien rehusa «quedar palmado» o evadirse.

Una presentación equilibrada, pero no apagada: el dina-

mismo evangélico da relieve a cada etapa, y el soporte bíblico propuesto al fin de cada capítulo, gracias a una buena selección de textos, relanza la dirección espiritual de la marcha.

A algunos les parecerá demasiado didáctico el proceso. Pero hay varias vías de acceso a estas cuestiones vitales. El método adoptado tiene la ventaja de hacer un buen sondeo. No es completo, desde luego, en tan pocas páginas... y para problemas tan complejos. No obstante, sitúa las cuestiones en una mutua relación. Cierta número de jóvenes disfrutarán en este itinerario y encontrarán en él apoyo y ayuda.

No hubiera sobrado un capítulo final para recapacitar la dimensión propiamente cristiana de la andadura. Todos llamados a la santidad, no podemos alcanzarla sino por la gracia, por don y por perdón, nutridos en la vida de la Iglesia, en comunión con los demás y con el Señor por la plegaria y los sacramentos —y especialmente, pues se trata de ética, por la Eucaristía y la Reconciliación—.

¡Se trata de un guía! ¡Jóvenes que vais a leer este libro, y también vosotros menos jóvenes: más que puntos de orientación necesitáis vosotros hombres-orientación y mujeres-orientación! El testimonio de los santos y de las santas, canonizados o no, podría ilustrar cada capítulo... Frecuentadlos, pero sobre todo volvéos al «solo Santo», al «Testigo fiel y veraz». A la postre, él sólo puede haceros accesible el camino. Sólo el amor puede motivaros y transfiguraros para vivir plenamente como hombres y mujeres de pie, como hijos e hijas de Dios. Y Aquel que os llama y que os ama es al mismo tiempo el guía y el Camino, la Verdad y la Vida.

¡Ojalá que lleguéis a ser vosotros mismos, para los demás, guías, testigos y profetas del mundo venidero!

Jacques Julien
Arzobispo de Rennes

Sumario

1. La moral de Jesucristo: amar	11
2. Amar a Dios	23
3. Amar el univeso	33
4. Amarse a sí mismo	43
5. Amar al prójimo como a sí mismo	53
6. Amar al otro masculino y femenino	61
7. Amar al otro en su vida	73
8. Amar al otro en la justicia	85
9. Amar al otro en la verdad	101
10. Amar a los allegados	111
En ruta al año 2000	121

1.

La moral de
Jesucristo: amar

¿Cómo llevar la propia vida, haciéndose más libre y más responsable? La sociedad ambiente nos propone lo mejor y lo peor. Jesús, a su vez, propone una moral dinámica, basada en el amor.

Las cuestiones de la vida

¿Es importante la moral?

Soy un joven, chico o chica, del fin del siglo XX, embarcado en la existencia. No tengo más que una vida y no quiero marrarla. Quiero darle un sentido en la línea de un ideal elevado. Tengo ante mí la posibilidad de hacer el bien, de tener una moral. La moral no lo es todo en la vida de un ser humano, pero me parece muy importante saber cómo conducirme. Barrunto que la ética se funda en lo que debo llegar a ser en función de lo que soy. La expansión de todo mi ser potencial. Lo que soy: un joven que emerge de la adolescencia. La pubertad ha provocado en mí profundos cambios. Acabo de atravesar una primera fase de metamorfosis, en la que me he replegado un poco a mí mismo, intensificando mi vida interior con un gran pudor en mis sentimientos. Ahora abordo una segunda fase: la siento como una crisis explosiva de mi personalidad. Quiero emanciparme de la tutela familiar, acepto mal la autoridad de mis padres, estoy al borde de la rebeldía: no soporto ya que se limite mi libertad, que vigilen mis gestos, que se me pregunte a dónde voy. Pongo en cuestión las convenciones sociales y las creencias de mi ambiente familiar. Trato de oponerme para ponerme. La libertad: ¡he aquí el valor supremo!

La libertad es mi valor supremo

La libertad. Discuto mucho sobre ella con mis camaradas, a menudo con mis profesores y con mis padres. Me apercibo de que la libertad no es un dato adquirido una vez por todas, sino un valor por crear. Mi libertad está condicionada por mi raigambre biológica, psicológica y social. No puede ser una pura y simple afirmación de mí mismo. Estoy obligado a preguntarme para qué existo: ¿para qué soy libre, qué debo hacer de mi vida, qué valores morales tengo que perseguir?

Ser libre es obrar libremente

Una joven de mi entorno, Rosi, ha marchado a cuidar Afganos con un grupo de médicos, arrojando enormes riesgos. Esto me ha hecho reflexionar más todavía sobre la

libertad. He descubierto que ser libre es obrar libremente. Me he percatado de los diversos pasos de una acción libre. Ante todo, fijarse una meta: Rosi era una joven empleada de banca, que leyó en el evangelio: «Estaba enfermo y me visitásteis».

Entonces brotó en ella la intención libre y muy personal de ir a Afganistán. Luego, querer el fin es querer los medios: Rosi ha optado por pasar sus fines de semana y sus vacaciones preparándose para un diploma de enfermera. En fin, después de comprometerse, hay que dar el remate y lograr la realización: Rosi se ha mantenido muy fiel y ha sido perseverante hasta el fin de su largo y peligroso camino. Ahora es una joven realizada y contenta. Sé así que ser libre no es sólo liberarse de toda cadena, no es sólo estar libre de algo: es sobre todo querer y continuar queriendo ser libre, querer ser uno mismo con todo cuanto esto implica de decisión y de creatividad.

En verdad, no hay acto moral, es decir libre, sin motivación. Pero el ser humano tiene de peculiar que puede escoger entre diferentes motivaciones. La libertad no se demuestra: se afirma en la opción. No es algo dado una vez por todas; se crea cada día. Se manifiesta en una constante disposición de sí frente a las coacciones de la existencia. Es el resultado de una liberación jamás definitivamente acabada. No es, pues, un algo «todo hecho y derecho».

Pero las coacciones de la existencia no son solamente exteriores a nosotros mismos; las hay en nosotros y no son las menores. No son otra cosa que la fuerza más poderosa quizá del mundo –después de y frente a la del Espíritu–: la fuerza de la gravedad, la fuerza de la inercia.

En el «valle» puede uno arrastrarse sin emprender jamás la ascensión propuesta, porque parece demasiado dura. Libre de elegir, se encierra uno en los fondos bajos. Decepcionado, declarará un día que no era libre. De hecho, jamás conocerá el sentimiento de gozo del que ha oído «la llamada del monte» y a través de las dificultades ha tocado la cima. Sólo éste respira de verdad.

La llamada del monte, evidentemente, no es aquí sino una imagen. Pero ¿quién no ha oído, un día u otro, una llamada a «vivir de otro modo», a salir de la rutina emancipadora que nos amenaza exterior e interiormente? Esta llamada (digamos «vocación») puede ser un punto de partida. Así es cómo Rosi dejó su primer empleo y se lanzó a la aventura del Tercer Mundo. Otros, en cambio, no partirán. Quizás han soñado partir, pero no pueden. Sin embargo, habrán podido descubrir que su verdadera vocación es quedarse, pero para cambiar el mundo en que viven, porque ellos mismos han cambiado.

*La
responsabilidad
es una
capacidad de
respuesta
personal*

El que oye semejante llamada, se siente responsable: mi libertad está ligada al sentimiento de la responsabilidad. Para ser verdaderamente adulto, siento que tengo que hacerme más y más responsable. Pero ¿qué es la responsabilidad? No quiero quedarme satisfecho con la definición corriente: la obligación de responder de las propias acciones o de algo que se me ha encargado. Tengo la impresión de estar situado en una perspectiva puramente jurídica, de tener que responder «ante» un tribunal. Esto me parece insuficiente para constituir mi moral personal. Responder «ante» me parece indicar que el diálogo es artificial. Si tengo la necesidad de responder «ante», es que tengo que responder «a» alguien, sea singular o plural. Mi existencia real no es más que un mundo de cuestiones que se me plantean, de solicitudes de que soy objeto: ¿Acaso puedo responder a las preguntas que se me hacen? ¿Acaso se dirigen realmente a mí? ¿Quién me interroga? Tales son las cuestiones a plantear previamente, antes de hablar de obligaciones.

En esta perspectiva comprendo mejor mi responsabilidad como capacidad de responder personalmente a otra persona. Lo que me molesta es la facilidad con que se identifica la noción de responsabilidad con la de culpabilidad.

*La
responsabilidad
y la culpabilidad
son dos
realidades
diferentes*

Oigo decir: ser responsable es sufrir las consecuencias de los propios actos, es reparar los daños causados, es sufrir el castigo previsto por la ley... Si cada vez que soy responsable de una acción, soy totalmente culpable si es mala, y esto *ipso facto*, no puedo menos de estar condenado. Mi reacción de joven no puede ser entonces sino tratar de huir de la responsabilidad. Quiero ser responsable, es decir capaz de responder a alguien de lo que hago en el sentido del bien y del mal. Ser culpable es otra cosa: tener conciencia de haber marrado deliberadamente las exigencias de una situación y provocado en otro –o en mí mismo– un mal del que debo responder.

En suma, ser responsable es asumir la «paternidad» de mis actos y de sus consecuencias. Ser culpable es acceder a un nivel de discernimiento en el que reconozco un compromiso entre mi voluntad libre y el mal. Notemos que, para el cristiano, la libertad es siempre una concienciación ante Dios. Es, pues, siempre un encuentro con Dios salvador, que libera del pecado, que hace del perdón un nuevo punto de partida. Esta conciencia «ante Dios» excluye, pues, una culpabilización morbosa.

Entonces, lejos de encerrarme «en el mundo de la falta», voy a multiplicar las ocasiones de responsabilidad, para ejercer mi libertad, desarrollar mi capacidad de decisión, afrontar mejor las realidades de la vida, emprender acciones.

Yo aspiro a ser un hombre, una mujer, «bien»

Si aspiro a ser feliz, aspiro también a ser bueno. Puedo descubrir, viviéndolas, que estas dos realidades son inseparables. Sé que no tengo derecho a darme la dicha a cualquier precio. No tengo ni el derecho, ni la posibilidad. Es una ilusión feísima pretender ser feliz a costa de la desdicha ajena. Esta felicidad está muerta en la raíz misma de su existencia. Sí, lo sé: si quiero ser feliz, debo querer ser bueno. Tengo que vivir «bien».

Tomemos un ejemplo –que nada tiene de fantasioso–. Soy célibe, tengo 25 años, estoy libre de todo compromiso. Por azar se da el encuentro que revoluciona mi vida: una mujer apenas mayor que yo, inteligente, buena, dotada de cualidades tales que el sentimiento muy profundo de amor que experimento, es, aparentemente, del orden del bien. Sólo aparentemente, porque es una mujer casada, esposa feliz y madre de varios hijos. Amor imposible, irrealizable: exigiría la destrucción de una felicidad existente, la de una mujer, de un hombre, de varios niños y, finalmente, de la mía propia.

Para gustar de verdad la felicidad, debo subordinar mi voluntad de ser dichoso a la de ser «bueno». Porque hay en mí una conciencia que vela. Más allá de la distinción entre lo útil y lo inútil, lo agradable y lo penoso, distingo entre lo que es bueno y lo que es malo. Aun si nadie me ve hacer el mal, aun si este mal no hace daño a nadie directamente, mi conciencia me advierte, me inquieta, me acusa y, sobre todo, me estimula a hacer lo que es justo y bueno, y me conduce a ello. Los demás pueden ayudarme a descubrir qué está bien, y qué mal. Pero la certeza final de que debo obrar «bien», sólo me pone en causa a mí mismo. Los remordimientos, como también el gozo, los siento primeramente en solitario.

La familia ha ejercido una influencia sobre mi conciencia

Tengo la suficiente lucidez acerca de mí mismo, para saber que se han ejercido y se ejercen todavía múltiples influencias sobre mi conciencia. Mi familia ha marcado mi infancia: antes de mis siete años, el Mal era lo que mis padres prohibían, el Bien, lo que aprobaban, lo que ellos estimulaban, lo que hacían delante de mí. El ejemplo de mis padres era, pues, esencial. Mi primer sentimiento del bien y de la justicia se formó por imitación. Hoy mido el gran riesgo que se corre en el porvenir por haber sido perturbado. Sobre todo, desde los 7 a los 14 años, cuando, al despertarse mi espíritu crítico, me puse a comparar las opiniones sobre el Bien y el Mal, aprendidas de mis padres, con las de otros: las de mis educadores, las de mis camaradas de escuela. Y, sobre todo, cuando comparé lo que decían mis padres, con lo que hacían realmente. El Bien aprendido hasta entonces no era válido si no resistía a la luz brutal de la comparación cotidiana con la vida y la sociedad.

La sociedad también me influye

Comienzo también a darme cuenta de la influencia de la sociedad ambiente, que a primera vista me parece muy permisiva. Las palabras moral, obligación, deber, prohibición, no tienen buena prensa. Pero ¿qué porvenir aguarda a una sociedad humana tan liberal, incapaz de prohibir nada?

Tengo dura experiencia de ello; el ser humano no es naturalmente bueno: «El hombre no es un bonachón de corazón sediento de amor (...), sino un ser que debe tomar en cuenta, entre sus movimientos instintivos, una buena suma de agresividad (...). La civilización debe, pues, ponerlo todo a punto, para limitar la agresividad humana (...). De aquí la restricción de la vida sexual, de aquí también el ideal impuesto de amar al prójimo como a sí mismo... (¡Freud!). Siento que mis pulsiones sexuales y agresivas no pueden ser abandonadas a manos de su espontaneidad sola, porque no están dirigidas espontáneamente al bien. Su único afán es rebajar la tensión satisfaciéndose, ignorando las categorías del bien y del mal. Si quiero sentir la dicha humana de «vivir juntos», estoy obligado a renunciar a la satisfacción total de mis pulsiones, ubicando el placer en su debido lugar.

Uno de mis problemas es, pues aceptar las «buenas» prohibiciones, que van a regular la fuerza anárquica de mis pulsiones e impedirme caer en una permisividad alienante, y rechazar las «malas» prohibiciones, que matan todo deseo por temor a su violencia.

No quiero, frente al ímpetu de mis deseos, transformar la prohibición «no desearás sin discernimiento de qué, ni de cómo», en la prohibición de castración «no desearás nada en absoluto». Voy a sujetarme a una sana regulación de mis pulsiones sexuales y agresivas: no parar bruscamente el torrente, que acabaría por arrastrarlo todo, sino embalsarlo y canalizarlo, para poner su fuerza al servicio del bien.

¿Puede ayudarme la sociedad incoherente?

En este fin del siglo XX, en mi sociedad, para ayudarme en mis reflexiones escucho y miro en mi alrededor: veo las actitudes más alejadas entre sí y oigo las declaraciones más contradictorias del género siguiente: «La moral está sobrepasada. –La moral es provisional. –Yo soy libertad pura. –Haz el amor, no la guerra. –Mejor es instalar sexhops que armas. –Vivamos una experiencia de pareja, luego ya se verá. –El aborto está pagado, es legal, es moral». –O al contrario: «El aborto es un asesinato con premeditación. –Hay que ser hombre del deber. –El esfuerzo: he aquí lo esencial. –Hay que ser eficaz a toda costa».

La respuesta de Jesús

Si abro el Evangelio, descubriré una moral de amor

Yo, deseoso de desplegar mi libertad y mi sentido de la responsabilidad, traqueteado por todos los cotados, pero cristiano, abro el Evangelio para ver si contiene un mensaje moral. Y descubro, en efecto, a Jesús que me dice: «Yo soy el camino» (Jn 14, 6); «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en las tinieblas y tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12).

Jesús me ofrece una moral dinámica, fundada en el amor. El acento no recae en la coacción, ni en la rigidez de los preceptos: se trata más bien de unas líneas de conducta a seguir que de unas leyes de contornos muy definidos. La ética de Jesús da lugar a mi iniciativa personal para que pueda encarnar sus mandamientos de amor en situaciones constantemente cambiantes. Su enseñanza moral está hecha de llamadas a amar, de llamadas a seguirle: «Ven y sígueme» (Mt 9, 9). Y él mismo da el ejemplo: «Amaos como yo os he amado» (Jnd 13, 34). ¿A qué apela? En primer lugar, a mi responsabilidad personal. Me pide que juzgue por mí mismo lo que es bueno y lo que es malo: «¿Por qué no juzgáis vosotros mismos qué es bueno y qué es malo?» (Lc 12, 57). Se dirige, en segundo lugar, a mi conciencia. La conciencia es una noción griega cuyo tema será puesto de relieve por san Pablo. Jesús apela al equivalente semita del término conciencia: al «corazón». Para él, el «corazón» es el centro de las decisiones íntimas y personales del ser humano, donde se determina lo que está bien y lo que está mal. Jesús apela con frecuencia al «corazón».

La moral de Jesús hace crecer y orienta a la felicidad

La moral de Jesús es una ética que hace crecer: es un ideal que hay que tomar en serio. Jesús invita a sobrepasarse continuamente, a un progreso indefinido: «Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 48).

Su ética hace conservar la esperanza: no abruma a los que cuesta trabajo responder a las llamadas de Cristo. Manteniendo sus exigencias radicales, Jesús manifiesta una misericordia magnánima con los pecadores. «Yo tampoco te condeno, dice a la mujer adúltera. Vete y no peques más» (Jn 8, 11).

Esta moral tiene algo que ver con la felicidad: está concentrada en el Sermón de la Montaña, que comienza con una invitación a la dicha, reiterada diez veces: «Bienaventurados... bienaventurados... bienaventurados...» (Mt 5, 3).

Estas breves alusiones a palabras esenciales de Jesús me invitan a escrutar el Evangelio e incluso el conjunto de la Biblia. Porque veo que Jesús se refiere a la Ley antigua, revelación hecha por Dios a Israel, para regular su conducta.

Suele hablarse de los «Diez mandamientos», dados por Dios a Moisés. Pero una lectura atenta me enseña que la Biblia no habla de «mandamientos», sino de «palabras»: el «Decálogo» o «Diez palabras». El texto bíblico precisa con insistencia que el Decálogo no solamente fue dado por Dios, sino escrito «por el dedo de Dios» en dos tablas de piedra. Dios hace el don del Decálogo en un contexto histórico muy concreto: en una historia de liberación.

El Dios que da el Decálogo es el que hace libres: «Yo soy Yahwé tu Dios, el que te ha hecho salir de Egipto, de la casa de la esclavitud» (Ex 20, 2). Dios y la liberación de los hombres aparecen inseparables. Con Moisés entramos en una historia divina y humana de libertad. Jesús, soberanamente libre, venido a liberar a la humanidad, no destruye el Decálogo, carta fundamental de la libertad. Integra las antiguas exigencias, con sus valores esclarecedores y libertadores, en un proceso dinámico de amor. Había dos «Tablas de la Ley»: la primera para vivir bien las relaciones con Dios, la segunda para vivir bien las relaciones con los demás. Jesús da dos «mandamientos»: el primero, «Amarás al Señor tu Dios» (Mc 12, 30), resume la primera Tabla; el segundo, «Amarás a tu prójimo» (Mc 12, 31), resume la segunda.

En los capítulos siguientes veremos cómo estas llamadas de Jesús se afirman y se precisan, hasta ser, si queremos, nuestras reglas personales de vida y de conducta, los jalones de nuestro propio camino.

Textos bíblicos

1. La carta de libertad, para no dejarse esclavizar

«Entonces pronunció Dios todas estas palabras: 'Yo, Yahwé soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre.

-No habrá para ti otros dioses delante de mí.

-No te harás escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra.

-No te postrarás ante ellas, ni les darás culto, porque yo Yahwé, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y tengo misericordia por mil generaciones con los que aman y guardan mis mandamientos.

-No tomarás en falso el nombre de Yahwé, tu Dios; porque Yahwé no dejará sin castigo a quien toma su nombre en falso.

-Recuerda el día de sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para Yahwé, tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el forastero que habita en tu ciudad. Pues en seis días hizo Yahwé el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahwé el día del sábado y lo hizo sagrado.

-Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yahwé, tu Dios, te va a dar.

-No matarás.

-No cometerás adulterio.

-No robarás.

-No darás testimonio falso contra tu prójimo.

-No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo» (Exodo 20, 1-17).

Las Tablas de la Ley dadas por Dios mismo

«Después de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las dos tablas, escritas por el dedo de Dios» (Exodo 31, 18).

Los dos llamamientos de Jesús al amor

«El le dijo: 'Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente'. Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 37-40).

¡Libres por fin!

«Pero gracias a Dios, vosotros, que erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquel modelo de doctrina al que fuisteis entregados, y liberados del pecado, os habéis hecho esclavos de la justicia. Hablo en términos humanos en atención a vuestra flaqueza natural. Pues si en otros tiempos ofrecísteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden hasta desordenaros, ofrecedlos igualmente ahora a la justicia para la santidad. Pues cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto a la justicia. ¿Qué frutos cosechásteis entonces de aquellas cosas que al presente os avergüenzan? Pues su fin es la muerte. Pero al presente, libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad; y el fin, la vida eterna» (Romanos 6, 17-22).

5. Jesús nos hace libres

«Para ser libres nos liberó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud. Por-

que, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este otro precepto: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. Pero si os mordéis y os devoráis mutuamente ¡mirad no vayáis mutuamente a destruirlos!» (Gálatas 5, 1; 13-16).

6. La luz de la verda

1

2.

Amar a Dios

Amar a Dios no es evidente ni fácil. Instintivamente preferimos los ídolos: el dinero, el erotismo, el poder e incluso la ciencia. A veces, bajo el nombre mismo de Dios, veneramos ídolos, y nada más que los ídolos. Pero, siguiendo a Jesús, nos hemos liberado de estas ilusiones y así es cómo, amándonos, nos hace capaces de amar.

¿Cómo amar a Dios?

Dios es un ser al que hay que amar. Pero ¿cómo entrar en un contacto amoroso con una persona que escapa a nuestra percepción sensible? La ruta del encuentro con Dios no es comparable en absoluto con lo que ocurre cuando dos amigos descubren una simpatía recíproca. Después de haber sobrepasado el estadio de la primera amistad es cuando la amistad desemboca en cierta fe en el otro y en una confianza mutua duradera. Igualmente, entre los novios, después de haber sobrepasado el estadio de una atracción pasional por aquel a quien ama, es cuando la novia puede declarar: «Te quiero por ti mismo. Tengo confianza en ti. Creo en ti».

En la busca de Dios, el cristiano hace una andadura diferente: después del estadio de cierta indiferencia viene el de la profundización de la fe, para terminar en «Te amo». El cristiano debe decir primero: «Creo en ti», para descubrir el fondo mismo de las palabras «te amo».

El amor de Dios está amenazado por los ídolos

Amar a Dios «de todo corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» no es fácil, porque nuestra libertad está amenazada por los ídolos: el dinero, el erotismo, el poder, la ciencia y otras cosas más.

El dinero

El dinero es necesario para todos y para todo.

El paso de la sociedad de prosperidad, vivida en Occidente, a una nueva sociedad en crisis, resalta mejor la importancia del dinero: la nueva sociedad está amenazada de devenir una sociedad de miseria material y espiritual. Jesús no condenó el dinero, no lo despreció, incluso dijo: «Dad al César lo que es del César», aceptando las reglas del sistema monetario de su tiempo. Pero reveló al hombre la ilusión que le acecha cuando comienza a poner demasiada confianza en el dinero: «Nadie puede servir a dos señores. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24). No fue su costumbre ponernos en guardia contra las amenazas ilusorias: el dinero es un instrumento de poder, que permite hacer lo mejor y lo peor. El peligro del dinero es hacer perder la libertad y encadenar en una sed de posesión y de carrera angustiada para no ser sobrepasado por las posesiones de los demás.

El erotismo, cuando no es más que una búsqueda del placer físico o de dominar al otro, es un signo de la angustia espiritual, que afecta al hombre y a la mujer en el encuentro con el otro. Se quisiera hablar de amor, pero en el clima demasiado materialista de hoy se idolatra el sexo. San Pablo decía ya de sus contemporáneos: «Su dios es su vientre» (Fl 3, 19). Jesús nos revela que la sexualidad en un todo, pero no es todo, que es más fundamental que el acto sexual. Y aunque tiende a realizar un acuerdo casi cabal de dos seres en una sola carne, permite experimentar un vacío fundamental, insaciado, en un deseo del Otro, que lo colmaría absoluta e infinitamente.

Muchos están polarizados por el poder político y lo consideran como un absoluto. Degenera en ídolo de quien le sacrifica todo, incluso, a veces, millares de seres humanos. Está bien luchar para construir la ciudad de los hombres, una ciudad más justa y más fraternal.

Pero ¿cómo aceptar el siguiente tipo de razonamiento: saneemos primero la situación política, luego proclamaremos el reino de Dios? Jesús compartió una gran solidaridad con los hombres y las mujeres de su tiempo. Tuvo un apego real a lo que era lo mejor de su vida, pero rehusó considerar la «política» como una condición previa a la venida del reino de Dios. Se le esperaba como Mesías político: rehusó ser rey. Resistió a la idolatría del poder presentado por el espíritu del mal, que «desde un monte altísimo le mostró todos los reinos de la tierra con su gloria, y le dijo: ‘Todo esto te lo daré, si, postrándote a mis pies, me rindes homenaje’. ‘¡Apártate, espíritu del mal, porque está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás y a él sólo servirás’» (Mt 4, 1-10).

¿Y la deificación de la ciencia? ¡Saber! ¡No buscar, sino dominar una realidad sometida a las leyes de nuestra mente! Todavía ayer decía Pasteur: «Un poco de ciencia aleja a Dios y mucha ciencia lleva a él». Pero hoy, la certeza científica está elevada casi al rango de dogma, el interés de conocer el porqué de los seres y de las cosas se eclipsa ante la euforia de las ciencias exactas, exploradoras de lo real. Dios no es demostrable científicamente, ni se le descubre en el instante en que se le busca. Sin embargo, la ciencia, que tantas esperanzas locas despertó, comienza a decepcionar, porque nuestras técnicas, tan útiles, producen también la polución del aire y del agua, amenaza de la desaparición de numerosas especies. Las manipulaciones genéticas comienzan a dar miedo. El ídolo de la ciencia comienza a temblar en sus bases.

Es interesante revisar el cuadro histórico en que se pronunció esta palabra esencial: «No tendrás otro Dios que yo...» (Dt 5, 7). ¿Quién es este dios al que amar? «Yo soy Yahwé, tu Dios, que te ha sacado del país de Egipto, de la casa de la esclavitud» (Ex 20, 1). El dios al que amar es esencialmente un Dios bienhechor que salva y hace libres. Pero sabe también que el hombre se extravía fácilmente en el camino de la libertad, tanto a causa de las tentaciones que vienen del interior como de las seducciones provenientes del exterior.

A la humanidad, mantenerse en la libertad no le va de sí. Entonces Dios da sus mandamientos, que son una carta de libertad. Pero aun antes de su solemne proclamación, el primero y el mayor de los mandamientos era gravemente pisoteado, y, en cuanto el pueblo saboreó la libertad, vaciló sobre su valor.

Porque la libertad no va sin riesgos, sin renunciaciones; las dificultades del desierto hacen añorar las facilidades de la tierra de la esclavitud: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Dios en el país de Egipto, cuando nos sentábamos frente a las ollas de carne y comíamos pan hasta la hartura! ¡Nos habéis traído a este desierto, para hacer morir de hambre a toda esta muchedumbre!» (Ex 16, 3).

Una pequeña minoría está pronta a conservar su libertad a despecho de todas las seducciones, pero la mayoría no soporta el «vacío de la libertad» de cara a Dios. Esta mayoría quiere hacer más sensible la liberación: danza en torno al «becerro de oro» (Ex 32, 4).

El becerro de oro es símbolo de la fuerza guerrera y de la potencia sexual. El becerro de oro atravesará los siglos como deificación de la sexualidad, mezclando íntimamente Eros y religión, haciendo ver en la sexualidad una promesa de vida personal a plenitud, haciendo creer que encierra el último chance, el último secreto de lo que el hombre y la mujer pueden descubrir y celebrar en su existencia.

El culto del becerro de oro es también símbolo de la fuerza guerrera, pero al servicio de los conquistadores, de los tiranos políticos: los emperadores romanos no vacilarán en hacerse divinizar, en ser tratados como dioses por los pueblos sometidos. Los Césares de hoy existen todavía hoy, transformados en falsa religión, con su culto de la personalidad y su ideología.

El primer mandamiento pone en guardia contra todas las formas de la idolatría antigua o moderna. No contesta ni la existencia ni la eficacia de los «otros dioses», de las demás potencias de la naturaleza o de la historia. Pero llama al culto

del verdadero Dios. Una sola persona designada por su nombre merece la adoración y la alabanza absoluta: «¡Sólo a Dios la gloria!». Y el verdadero Dios suscita hombres y mujeres libres, pues lo que quiere «no son prosternaciones de esclavos, sino las genuflexiones de hombres libres» (C. Péguy).

Renunciar a los ídolos no es rechazar los bienes terrenos

La renuncia a los ídolos libera al hombre y a la mujer, haciéndolos capaces de llevar la gerencia y de utilizar las fuerzas de la naturaleza en el sentido de un genuino servicio.

Porque la renuncia a los ídolos no hay que extremarla hasta rechazar las realidades de que surgen. Lo condenable es convertirlas en absolutas y darles un culto casi religioso. En efecto, los ídolos ponen en peligro a la humanidad libre: reducen a esclavitud a sus fieles, disminuyen su calidad humana y traicionan finalmente a los que se dejan en sus manos. No pueden cumplir su promesa de ofrecer un sentido y una meta a la existencia. Al contrario, cierran la ruta que puede conducir al hombre y a la mujer a una vida libre y abierta. Contra este peligro se alza el primer mandamiento —«No tendrás otros dioses delante de mí»— que el Evangelio concreta todavía más: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Lc 10, 27).

El amor de Dios corre, sin embargo, un riesgo: puede degenerar en fanatismo religioso y llegar a ser farruco intolerante. El cristiano ama a Dios con todo su ser y desea vivamente que Dios sea conocido y amado. «Santificado sea tu nombre», dice cada día. Pero el cristiano es discípulo de un Dios que respeta la libertad humana: es tolerante y paciente con los que profesan otras convicciones que las suyas. Acepta también, conservando su lucidez y la fidelidad a su fe, trabajar con ellos en la promoción de la humanidad.

Nada de fanatismo

El fanatismo delata una gran flaqueza de la fe, si ya no su inexistencia. Especie de amor prensil en estado puro, instinto de propiedad que coloca al Eterno entre los bienes perecederos. El cristiano que ama a Dios con todo su ser no es el propietario de una verdad. Antes al contrario, está poseído por el que se llamó «la Verdad».

Amado por el Dios de la ternura

Antes de poder decir a Dios: «Te amo», hay que dejarse sencillamente amar por Dios. Porque, en definitiva, Dios es el que nos ama primero.

Por otra parte, ¿quién puede hablar bien del amor sino el Dios-Amor? Habla de amor, pero sobre todo vive lo que dice. A lo largo de la Biblia se ve la realidad de este amor, de

la ternura que religa a Dios con su pueblo, como a padre con su hijo bien amado: «Israel era todavía niño cuando yo le amaba... Le conduje con ternura con lazos de amor» (Os 11, 1). Y esta ternura es incansable, dura a través de todas las peripecias de un pueblo que busca escapar de su Dios: «Te amo con amor eterno» (Jr 31, 3).

Pero ¿qué es la ternura? El amor que acepta recibir, el amor que acepta compartir. En el Evangelio, Jesús lo manifestó con frecuencia y, a veces, de modo sorprendente:

Deja que se le acerquen los niños.

Deja que el discípulo amado repose en él.

Deja a María Magdalena que le perfume los pies.

Deja a la mujer adúltera que le mire.

Como Jesús, pues, con un poco de ternura en las relaciones con los otros, se descubre que la fidelidad a los mandamientos no es sólo la obediencia a una ley que hay que aplicar bien, sino también el desenvolvimiento de un corazón libre que encuentra las auténticas actitudes del amor.

Con un poco de ternura en las relaciones con Dios se descubre que la fe es un diálogo de amor: el que ama es amado por Dios, y Dios se le da a conocer.

En su libro «Le Pape reparaît» (Ed. du Cerf 1973, 54-55. «El Papa reaparece»), G. Bressière invita, con un buen sentido inspirado, a la modestia ante las cuestiones esenciales. «Nadia quedó silenciosa un largo momento y luego dijo: '¿Cree Vd. en Dios?'. El Papa se calló a su vez y luego respondió sosegadamente: 'Sí'. Ella replicó: '¿Por qué ha aguardado para responderme?'. El la miró: 'Ante semejante cuestión, primero hay que callarse. Antes de intentar hablar'. Nadia le dio a beber y dijo enseguida: 'En fin, de todos modos, es un sí o un no'. El Papa sonrió en silencio. 'Durante mucho tiempo se había creído que podía decidirse así. Unos decían sí, otros decían no, quizás con el mismo simplismo unos y otros. No se puede hablar de Dios como se habla del Presidente de la República o de un camarada... No es simple o quizás es tan simple que toda palabra cojea, que todo pensamiento tropieza'».

Para ti, para mí, ¿es acaso más fácil que para los primeros discípulos de Jesús creer en El y amarle? ¿Por qué hay tantos, en nuestro derredor y en todo el mundo, que no le conocen? Nosotros mismos, desde luego, ¿no estamos día a día forzados a repetir: «Creo, Señor, pero ven en ayuda de mi poca fe»? Sí, durante toda nuestra vida somos llamados a convertirnos al Dios vivo.

El «vacío» de la libertad produce temor: se construye un becerro de oro

«Cuando el pueblo vio que Moisés tardaba en bajar del monte, se reunió en torno a Aarón y le dijeron: 'Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, ya que no sabemos qué ha sido de Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto'. Aarón les respondió: 'Quitad los pendientes de oro de las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y vuestras hijas, y traédmelos'. Y todos se quitaron los pendientes de oro que llevaban en las orejas, y los entregaron a Aarón. Los tomó de sus manos, hizo un molde y fundió un becerro. Entonces ellos exclamaron: 'Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto'. Viendo esto Aarón, erigió un altar ante el becerro y anunció: 'Mañana habrá fiesta en honor de Yahwé'. Al día siguiente se levantaron de madrugada y ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios de comunión. Luego se sentó el pueblo a comer y beber, y después se levantaron para solazarse. Entonces habló Yahwé a Moisés, y dijo: '¡Anda, baja! Porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, ha pecado. Bien pronto se han apartado del camino que Yo les había prescrito. Se han hecho un becerro fundido y se han postrado ante él; le han ofrecido sacrificios y han dicho: 'Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto'» (Exodo 32, 1-8).

8. El primero y el mayor mandamiento

«Acércose uno de los escribas que les había oído discutir y, viendo que les había respondido muy bien, le preguntó: '¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?'. Jesús le contestó: El primero es: 'Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No existe otro mandamiento mayor que éstos'. Contestóle el escriba: 'Muy bien, Maestro; tienes razón al decir que El es único y que no hay otro fuera de El, y amarle con todo corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios'. Y Jesús, viendo que le había contestado con sensatez, le dijo: 'No estás lejos del Reino de Dios'. Y nadie más se atrevía ya a hacerle preguntas» (Mc 12, 28-34).

La Ley de Dios es gozo

«La ley de Yahwé es perfecta, consolación del alma, el dictamen de Yahwé, veraz, sabiduría del sencillo. Los preceptos de Yahwé son rectos, gozo del corazón; claro el mandamiento de

Yahwé, luz de los ojos. El temor de Yahwé es puro, por siempre estable; verdad, los juicios de Yahwé, justos todos ellos, apetecibles más que el oro, más que el oro más fino; sus palabras más dulces que la miel, más que el jugo de los panales. Por eso tu servidor se empapa de ellos, gran ganancia es guardarlos. Pero ¿quién se da cuenta de sus yerros?» (Salmo 18, 8-12).

10. Dios es ternura

«Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: sacrificaban a los Baales, e incensaban a los ídolos. Y con todo yo enseñé a Efraim caminar, tomándole en mis brazos, mas no supieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer. Se volverán al país de Egipto. Asur será el rey, porque se han negado a convertirse. Irrumpirá la espada en las ciudades, a sus hijos exterminará, se saciará en sus fortalezas, y el pueblo está enfermo por su infidelidad; gritan hacia Baal, pero nadie los levanta. ¿Cómo voy a dejarte, Efraim, cómo entregaré Israel? ¿Voy a dejarte como a Sodoma y hacerte semejante a Gomorra?

Mi corazón se me revuelve dentro a la vez que mis entrañas estremecen. No ejecutaré el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraim, porque soy dios, no hombre; en medio de ti yo soy Santo, y no me gusta destruir» (Oseas 11, 1-9).

Dios es amor fiel

«Yo te ensalzo, oh Rey Dios mío, y bendigo tu nombre para siempre jamás; todos los días te bendeciré, por siempre jamás alabaré tu nombre; grande es Yahwé y muy digno de alabanza, insondable su grandeza. Edad a edad encomiará tus obras, pregonaará. El esplendor, la gloria de tu majestad, el relato de tus maravillas, yo recitaré. Del poder de tus portentos se hablará, y yo tus grandezas contaré; se hará memoria de tu inmensa bondad, se aclamará tu justicia. Clemente y compasivo Yahwé, tardo a la cólera y grande en amor; bueno Yahwé para todos, y sus ternuras sobre todas sus obras» (Salmo 144, 1-9).

Dios amó primero

«Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros

pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y ha llegado a nosotros (1 Corintios 13:7-12).

3.

Amar el universo

El amor cristiano enriquece las relaciones con el universo, creación de Dios. El mundo no puede llegar a ser en verdad cristiano, si la mirada echada sobre él no transforma la de la ciencia y de la técnica. Entonces el trabajo abre a la libertad. Ocios y reposo toman su sentido como presentimiento del mundo nuevo, del Reino de Dios.

La visión cristiana del universo

El universo, hay que amarlo y descifrarlo

El universo es la realidad nueva, dinámica, animada, que brotó un día de la mano del Dios vivo, y hele ahí, querido por Dios, en el estallido de gozo que describen los salmos. Porque el universo expresa a su manera, por su propio ser, la gloria divina. Si se tiene «ante el hombre» como primera revelación de la vida y de la hermosura de Dios, al hombre y a la mujer toca descifrarlo y amarlo.

«La naturaleza no es nuestra madre, es nuestra hermana» (Chesterton). Esto significa que ella y nosotros somos la obra de un mismo Dios, Creador y Padre. Pero para verla así, la naturaleza exige mirarla de una determinada manera. ¡Hay tantas maneras de considerarla!

La mirada científica es demasiado distante

Pertenece a una época en que la mirada privilegiada lanzada al universo es de la ciencia. El hombre de ciencia toma distancia del universo que le rodea, para comprender mejor sus mecanismos. Pero ¿no corre su mirada el riesgo de quebrar inmediatamente las relaciones profundas que deberían religarnos con los seres? Entonces ya no hay relación fraterna con la realidad, sino fría contemplación de objetos. Es la mirada de la sociedad industrial marcada por la racionalidad, la especialización y el rechazo de toda cuestión sobre el «sentido» de las cosas y de la vida. Esta mirada, sin embargo, no es inútil, porque nos obliga a admitir la necesidad de aceptar el universo en sí mismo y por sí mismo.

El universo estropeado

Hay otra mirada, surgida también de la ciencia, que nos ha arrastrado más lejos de lo que hubiéramos querido. Nos hemos tomado el derecho de explotar a fondo el universo. Y con nuestra técnica insaciable hemos comenzado a polucionar la tierra, los océanos y el aire de nuestras ciudades. Señales de alarma nos advierten hoy que el universo no es

inagotable. Se muestra más profundamente vulnerable a nuestros golpes repetidos. En la tapicería gigante de Jean Lurçat, visible en Angers, «Le Chant du Monde» [El canto del mundo], todos los elementos, la tierra y sus árboles, el aire y el agua, llevan la marca roja de los tesoros estropeados. Más grave todavía, nuestra mirada no sabe ya «ver» el más allá de las cosas.

Ver más allá de las cosas

Adolecemos de la grave enfermedad de una falta de atención. Porque, en nuestra vida ordinaria, las informaciones se suceden a un ritmo que no nos permite fijarnos en nada. Traqueteados por los flash de periódicos y revistas, por los mensajes de radio y televisión, por las secuencias cinematográficas, perdemos la facultad de controlar y de saborear. Y viajamos tan velozmente, somos tan impacientes, que no sabemos ya observar. ¿Va a continuar todavía mucho esta carrera a la noche y a la nada o vamos a despertarnos y abrir los ojos?

La mirada del artista y del creyente

Es urgente reemplazar la mirada demasiado olvidadiza de las imágenes que pasan tan pronto, la mirada fría del técnico demasiado marcada por el cálculo interesado, por la mirada del artista que se prolonga y se maravilla, la mirada del verdadero creyente, sabedor de que «las perfecciones invisibles de Dios, su poder eterno y su divinidad, se dejan ver desde la creación del mundo, a través de sus obras, por la inteligencia humana» (Rm 1, 20).

La contemplación del universo constituye un aspecto mayor de la vida cristiana. El cristiano tiene el sentido de los símbolos: el universo no es Dios, sino su templo. Y cuanto mayor es, cuanto más vivo y hermoso, tanto más rica es su significación simbólica. El gran espiritual que al mismo tiempo fue un sabio, Pierre Teilhard de Chardin, logró una admirable síntesis de la mirada científica y de la mirada cristiana: supo amar apasionadamente a Dios y la Creación; y el proyecto que animó toda su vida fue «comulgar con Dios a través del mundo».

Como el viejo Peregrino ruso que comprendía el lenguaje de la Creación: «Todo cuanto me rodeaba se me presentaba bajo un aspecto de beldad... Todo oraba, todo cantaba gloria a Dios». Las realidades visibles dan testimonio de las invisibles, de que son signos: he aquí por qué las realidades del Reino de Dios son sin cesar comparadas por Jesús con las realidades más cercanas de la vida cotidiana.

Jesús invita a mirar al universo para hacerle cantar

Jesús invita a mirar a las aves del cielo y a los lirios del campo, porque ama la naturaleza brotada de las manos del Padre. Cuando instruye al pueblo de Israel, evoca los trabajos de los campesinos y de los artesanos de la ciudad, la pesca

en el lago o los movimientos de los rebaños. Indica, con el dedo o la mirada, la barca, la red, el arado, la artesa o la perla rara. La vid y la higuera son evocadas para convertirse en signos. La mirada espiritual de Jesús, esa mirada amable al universo, es la de la Biblia de principio a fin. Y nosotros somos llamados a la misma mirada: creyentes, nos falta ser poetas, nos falta ser artistas. «Una obra de arte debería enseñarnos que no hemos visto lo que hemos visto» (Paul Valéry). Tenemos que discernir en la piedra, en la arena y en el agua, en el pan «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», mucho más de lo que expresan a primera vista.

Ver lúcidamente las realidades duras

Pero estamos llamados a otra mirada: la que osa ver cara a cara las realidades duras del universo. «Contemplación y lucha»: dos palabras del programa del Concilio de Jóvenes de Taizé (1974), que son inseparables. La creación está en desorden. Un poder destructor lo tiene esclavo. El universo se rebela a veces contra la humanidad. El universo debe ser sometido, dominado, domado. Aspira a la libertad para mejor servir, vive en dolorosa expectación, espera tomar parte en «la gloria libertad de los hijos de Dios» (Rm 8, 21).

El sentido cristiano del trabajo

Nuestra civilización oscila «entre el retorno al paraíso –por la fiesta, el arte, el ocio en que el hombre se maravilla gratuitamente de la naturaleza– y el trabajo como humanización de la materia del mundo en un cuerpo que pertenece a todos los hombres» (O. Clement).

El trabajo es un derecho y un deber

¿El trabajo? ¿Qué piensa el cristiano del trabajo?

¿Es un derecho? Por cierto, y es muy triste que se alargue la fila de los que piden empleo y en la que los jóvenes son numerosos. La fábrica automatizada libera más y más a la energía humana: y esta energía se dilapida en el paro, mientras el Tercer Mundo sufre penuria... ¿Es un deber? La tradición cristiana ha considerado siempre la pereza como un pecado «capital», un pecado fuente de otros pecados. Se apoyó en la sentencia de san Pablo, que no podía admitir el parasitismo: «A todos esos... les mandamos y les exhortamos en el Señor Jesucristo: trabajen en la calma para comer un pan que sea suyo» (2 Tes 3, 12).

E insiste a los nuevos cristianos de Tesalónica, tan persuadidos del inminente retorno de Jesús, que se olvidan de trabajar: «Algunos viven en el desorden..., sin hacer nada. El que no quiera trabajar, no coma» (2 Tes 3, 10).

Jesús miró al mundo del trabajo con amor

¿Y Jesús de cara al trabajo? Aparentemente Jesús fue más bien discreto respecto al tema, pero en la parábola de los talentos estimuló el esfuerzo corajudo y aun el éxito (Lc 19, 12).

Además, el Evangelio alude a su condición de carpintero. «En sus parábolas del Reino de Dios, Jesucristo se refiere constantemente al trabajo: el trabajo del pastor, del campesino, del médico, del sembrador... Habla también de los diversos trabajos de las mujeres. Presenta el apostolado a imagen del trabajo manual de los cosechadores o de los pescadores» (Juan Pablo II).

Con el trabajo creamos con Dios

El cristiano discierne varios valores en el trabajo. El primero: con nuestro trabajo cooperamos en la construcción del mundo, en la obra creadora de Dios. Dios no ha creado el mundo una vez por todas: lo crea perpetuamente y lo crea también mediante nosotros. Estamos tentados a creer que una hermosa foresta es la obra de Dios, pero no una ciudad; y, no obstante, la ciudad lo es más, porque en un urbanismo de calidad se expresa el ser humano, la criatura más elevada. Con nuestra actividad en las oficinas y en las fábricas, en las escuelas y en las familias, en los hospitales y en los comercios hacemos que surja algo nuevo, mantenemos la vida en la tierra, hacemos que brote la dicha. A ciertas horas tomamos conciencia de este valor y sentimos gozo de ello.

El trabajo une

El segundo valor: el trabajo une, crea lazos de solidaridad. El marido trabaja para su mujer, y la mujer para su marido. Y queda todavía que su trabajo en casa, «un trabajo fantasma» (Y. Illitch), sea reconocido como tal. El panadero trabaja para las familias, el arquitecto y el albañil para el futuro habitante de la casa, el pescador de los bancos de Terranova para centenares de miles de consumidores. Toda nuestra sociedad es un sistema de servicios en que tomamos parte. La única lástima es el anonimato demasiado frecuente de la vida moderna: ya no vemos para quién trabajamos, y nuestro trabajo pierde así una parte de su interés.

El trabajo ayuda a los otros a ser más humanos

El tercer valor: nuestro trabajo permite a otros hacerse más hombres o más mujeres y, por consiguiente, a amar más. Esta expansión del amor perdurará en la eternidad. Nuestro trabajo aboca, pues, en una perspectiva de esperanza.

El trabajo es también una carga

Pero el cristiano no puede limitarse a esta visión idílica de la realidad del trabajo. No puede taparse los ojos ante las condiciones particularmente duras del trabajo industrial, y cada uno de nosotros en la experiencia más ordinaria encuentra el lado penoso del trabajo, la fatiga y, a veces, el

fracaso. Por la imperfección de este mundo, agravada por el pecado, el trabajo es también una carga. Tiene necesidad de ser «salvado» por Dios. Porque Dios está siempre del lado de la mitigación de las penas, de la salud y del gozo de vivir. «¡Venid a mí todos los que estáis abrumados, y yo os aliviaré!» (Mt 11, 28).

Lo que hará menos pesado y menos penoso el trabajo, será el amor, la solidaridad y el espíritu de servicio. El amor es la única vía capaz de liberar nuestra vida y nuestras labores cotidianas comunes en esta tierra.

El domingo es el día de la eucaristía

Y luego tenemos el domingo. Un día a pasar como día de fiesta. Un día en que podemos ser verdaderamente nosotros mismos, más hombre, más mujer. Un día en que decimos gracias a Dios en comunidad. Un día de reposo, un día de ocio.

—Es el día de la eucaristía: una hora por semana, no es gran cosa para quien cree que su vida y su felicidad vienen de Dios. El precepto de la misa dominical es una protección contra nuestra negligencia o nuestras aspiraciones demasiado rastreras. Porque es el día del reposo y del deporte, de la música o de la lectura, de la visita a los amigos o de la excursión en grupo... Porque es el día en que debemos mostrarnos más atentos, más abiertos a los demás, un día muy particularmente marcado por un amor genuino.

—Es el día del ocio. Con una amenaza que pesa sobre él: el tedio. Un día de tedio, un día muerto en que no pasa nada, en que se sufre la experiencia del vacío. El tiempo libre puede, a su vez, resultar opresor. ¿Qué ocurrirá si el tiempo del ocio comienza a superar al tiempo del trabajo? La cuestión viene a ser cada vez más actual. Vamos a una civilización en que el trabajo no será ya la razón esencial de la vida, como lo ha sido a lo largo de la historia humana. ¿Cómo afrontarán esta situación nueva los seres humanos?

¿Cómo sobrevivir en una civilización de ocio?

¿Cómo sobrevivirá de modo auténticamente humano el hombre del año 2000, que dispondrá de tantas horas de ocio? Sin duda, desarrollando su fuerza creadora, ahondando su cultura en todos los planos, dando más lugar, en su vida cotidiana, a la vida espiritual y a la mutua dedicación de benevolencia y cortesía.

3. El universo creado por Dios es bueno. El hombre a imagen de Dios puede descifrarlo, amarlo, hacerle cantar.

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era algo caótico y vacío, y tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: 'Haya luz', y hubo luz. Dijo Dios: 'Haya un firmamento en medio de las aguas, que las esté separando unas de otras. Y así fue'. Dijo Dios: 'Acumúlense las aguas de debajo de los cielos en una sola masa y aparezca suelo seco'. Y así fue. Dios dijo: 'Brote la tierra verdor: hierbas de semilla y árboles frutales que den sobre la tierra fruto con su semilla dentro'. Y así fue. Y vio Dios que estaba bien. Dios dijo: 'Haya lumbreras en el firmamento para separar el día de la noche'. Y así fue. Hizo, pues, Dios las dos lumbreras mayores: la lumbrera grande para dominio del día, y la lumbrera pequeña para dominio de la noche, y las estrellas. Y las puso Dios en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra. Y vio Dios que estaba bien. Dijo Dios: 'Bullan las aguas de bichos vivientes y revoloteen aves sobre la tierra contra la haz del firmamento celeste'. Y así fue. Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todos los seres vivientes que bullen serpeando en las aguas según su especie. Y vio Dios que estaba bien. Dijo Dios: 'Produzca la tierra seres vivientes según su especie: ganados, sierpes y alimanas'. Y así fue. Y vio Dios que estaba bien. Dijo Dios: 'Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza, y domine en los peces del mar, en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas, y en toda sierpe que serpea sobre la tierra.'» (Génesis 1, 1-3; 9-12; 14; 16-18; 20-21; 24-26).

¡Cante el universo al Señor!

«¡Alabado sea el Señor! ¡Alabad a Yahwé desde los cielos, alabadle en las alturas, alabadle, ángeles suyos todos, todas sus huestes, alabadle! ¡Alabadle, sol y luna, alabadle todas las estrellas de luz, alabadle, cielos de los cielos, y aguas que estáis encima de los cielos! Alaben ellos el nombre de Yahwé, pues él ordenó y fueron creados; él los fijó por siempre, por los siglos, ley dio que no pasará. ¡Alabad a Yahwé desde la tierra, monstruos marinos y todos los abismos, fuego y granizo, nieve y bruma, viento tempestuoso que ejecuta su palabra, montañas y todas las colinas, árbol frutal y cedros todos, fieras y todos los ganados, reptil y pájaro que vuela, reyes de la tierra y pueblos todos, príncipes y todos los jueces de la tierra, jóvenes y doncellas también, viejos junto con los niños! ¡Alaben el nombre de Yahwé: porque sólo su nombre es sublime, su majestad por encima de la tierra y del cielo» (Salmo 148, 1-13).

15. El universo, rebajado, pantalla opaca o vano ídolo, aguarda su liberación

«Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? (Romanos 8, 18-24).

16. Jesús alerta contra la preocupación excesiva del trabajo y de los medios de vida

«Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, o comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? Y el vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que Salomón, en toda su gloria, se pudo vestir como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana va a ser echada al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer? ¿qué vamos a beber? ¿con qué nos vamos a vestir? Que por todas estas cosas se afanan los gentiles y ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primeramente su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os dará por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará por sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud» (Mateo 25-34).

17. El domingo continúa el sábado: fiesta de la libertad

«Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para Yahwé tu Dios. No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguna de tus bestias, ni el forastero que habita en tu ciudad; de modo que puedan descansar, como tú, tu siervo y tu sierva. Acuérdate de que fuiste esclavo en el país de Egipto y de que Yahwé tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y tenso brazo; por eso Yahwé tu Dios te ha mandado guardar el día de **sábado**» (Deuteronomio 5, 13-15).

4.

Amarse a sí mismo

Cada persona tiene su valor y su identidad propia. Amada por Dios, está llamada a desenvolverse integrando todas sus facultades en un conjunto personal armonioso. Así podrá realizar su destino, abriéndose a los otros y a su Creador.

Amarse a sí mismo es un llamamiento que no va por sí

¿Amarse a sí mismo! ¿Es posible? ¿Tantas cosas nos decepcionan en nosotros y desesperamos de poder cambiarlas! ¿Y será bueno hacerlo? ¿No habrá que olvidarse de sí para ir a los demás?

Pero Dios nos ama y nos exige que nos amemos. No de cualquier modo, egoístamente, sino como él se ama a sí mismo, es decir aceptando tomarnos de la mano, tal cual somos, para construir nuestra personalidad pacientemente y a pesar de nuestros fracasos. A cada uno de nosotros nos lanza este llamamiento, y pone en nosotros su confianza.

Porque el cristiano cree en la comunidad humana, cree también que todos y cada uno de los hombres y de las mujeres, él mismo incluido, es único e irremplazable. El ser más desfavorecido está llamado a manifestar la fuerza del Espíritu, capaz de elevar a toda persona por encima de sí misma, abriéndola a los otros y a Dios.

Amarse de verdad no consiste, pues, en centrarse únicamente en sí. Por el contrario, es querer a sí mismo con los otros, para los otros, en un acto de acción de gracias a Aquel que nos hace vivir.

«La dicha está, en primer lugar, en centrarse sobre sí y, en segundo lugar, en descentrarse en los otros y, en fin, en supercentrarse en Dios (Teilhard de Chardin en «Yo soy la Verdad», p. 14).

La raíz del amor de nosotros mismos es el amor que Jesús nos manifestó

«Cristo nos amó y se entregó por nosotros» (Ef 5, 2). Es lo que descubrió un día san Pablo. En el mismo momento en que se descubrió pobre hombre, culpable, pudo amarse y reemprender la ruta. Como un eco, Pascal pondrá en boca de Jesús esta sentencia: «Tal gota de sangre la he derramado por ti».

Amarse es querer dar su debido lugar a todas las potencialidades de nuestro ser, integrándolas en un todo armonioso. Yo soy cuerpo, con sus exigencias, sus deseos, sus límites, y un temperamento bien determinado. Yo soy voluntad, sensibilidad, inteligencia y alma.

El cristiano ama su cuerpo

Amar el cuerpo es, primero, aceptarlo: grande o pequeño, bello o menos bello, fuerte o débil, masculino o femeni-

no. A veces resulta difícil, y corremos el riesgo de dejarnos destruir por lo que banalmente se llama «complejo»: el complejo del muy grande o del demasiado pequeño, del desaventajado o del tímido. Amar el cuerpo es mantenerlo asegurándole alimento, sueño, condiciones de vida equilibrada. Jesús llamaba aparte a sus discípulos para que descansaran y, preocupado por el hambre de la turba, se esmeraba en remediarla.

Es fortificarlo ejercitándolo, en la medida de lo posible. Ejercicio físico, deporte, pueden constituir un deber. El que se siente bien «en su pelleja», —puede— desenvolverse con alegría y abrirse a los demás.

Pero el cuerpo es frágil y vulnerable. Amarlo, pues, es también cuidarlo: Jesús curaba a los enfermos. Es evitar ponerlo en riesgo sin graves razones.

El cuerpo es el lugar donde arraigan los deseos de hambre y sed, la necesidad de calor, de confort y de seguridad, la apetencia sexual. Toda satisfacción de uno de estos deseos es fuente de placer.

El deseo es en sí una realidad sana. Querer ignorarlo, rehusarlo, es negar su condición de ser corporal. No se puede, pues, menos de recusar toda moral que lo declare culpable a priori. El cristiano reconoce su valor positivo: es el fundamento de la apertura al mundo, a los otros, a Dios mismo. Por eso, el cristiano acepta también el placer, que marca el desenvolvimiento de nuestras funciones corporales.

Pero vivir con placer no significa vivir para el placer. Rebuscar el placer por el placer y complacerse en él es detenerse, por nostalgia de un «paraíso perdido», que, según dicen hoy los psicólogos, es una manera de evocar el seno materno donde vivimos sin preocupaciones, replegados sobre nosotros mismos.

El cristiano dice sí al deseo y al placer: según san Juan, el primer signo hecho por Jesús consistió en procurar vino, y del mejor, a los invitados a una boda. Pero dice no a toda sociedad de «consumo», que pretende persuadir a sus miembros de que la verdadera dicha consiste en poner por encima de todo la satisfacción de nuestro cuerpo.

Porque llevado por solo los deseos, el cuerpo corre a su destrucción. Abuso de tabaco y de alcohol, uso de la droga: son manifestaciones de un amor desordenado del cuerpo.

No cabe esperar de golpe el dominio de los deseos, que no se alcanza sino al cabo de un largo ejercicio. A esta disciplina metódica se le dio el nombre de ascesis. La ascesis no tiene valor en sí, como lo piensan a veces ciertas personas, en verdad, poco cristianas. Consiste en equilibrar un tendencia peligrosa del cuerpo, imponiéndole una dirección

Dominar el cuerpo es nacer a la verdadera libertad

inversa. Su finalidad es, no crear un superhombre, sino liberar a la persona de la tiranía de ciertas tendencias.

La Iglesia llama al cristiano a hacer un lugar a la ascesis en su propia vida, particularmente en el tiempo de Cuaresma. Le pide que se libere así de sus rémoras, para caminar mejor.

El carácter se forja

Cada persona tiene un temperamento dado, ligado a su constitución corporal. Hay que conocer sus lados positivos y negativos para educarlo. San Pedro era impulsivo, capaz de generosidad, pero frágil: llegó a ser la roca sobre la que está construida la Iglesia. Francisco de Asís fue nervioso, sensible y artista, propenso al desaliento: llegó a ser fundador de Orden, al mismo tiempo que poeta de la Creación.

Así, un mismo temperamento puede engendrar varias formas de carácter. El carácter es como la espina dorsal que condiciona la posición, la actitud respecto al mundo y respecto a los demás. Si no se puede escoger el temperamento, cabe por el contrario forjarse el carácter: corregir los defectos y sacar el mejor partido de sus posibilidades. Este punto requiere de nuevo la ascesis.

Cultivar la sensibilidad

La sensibilidad es el dominio de la emoción.

—Emoción ante lo agradable o lo desagradable. Puede ser una flaqueza, cuando llega a imponerse a la razón y a la voluntad. Pero es también una fuerza, porque permite «sentir» de verdad las situaciones. Jesús lloró pensando en la catástrofe que amenazaba a la Ciudad santa. Conoció la angustia ante la muerte. Pero no se dejó desviar de su ruta.

—Emoción ante lo bello: la sensibilidad artística es a la vez don y resultado de una educación. Es una gracia, porque abre a la gratuidad. Expansión y libera. La aparición del arte marca una de las etapas esenciales del progreso de la humanidad. El cultivo del sentido estético es necesario al que quiera valorar las riquezas de su naturaleza. En la medida de lo posible hay que buscarlo, y buscarlo por sí mismo, por el valor humano que representa. Así pues, hay que amar el arte por sí mismo. No hay que preguntarse: ¿A qué sirve el arte? El arte es una liberación, nos transporta a otra vida: mirad en una sala de concierto a los rostros liberados y dichosos de los oyentes del gran pianista que toca. El arte es más que mera distracción: lo necesitamos para evadirnos de mil cuidados diarios. Es reconfortante esta excursión al país de la libertad y de la armonía. Quien encuentra en él su refugio, se verá preservado de buscar en otra parte distracciones, que, si no envilecen, al menos debilitan.

El arte saboreado por sí nos permite mantenernos a un nivel muy elevado de espiritualidad¹.

Por su carácter desinteresado, el arte nos revela un mundo que no está sometido a la regla de la utilidad, a la moral de la rentabilidad. El placer gustado no supone una posesión que arrebatara a los demás el modo de compartirlo: la obra de arte se ofrece a todos y cada cual la hace suya sin quitársela a nadie. El arte revela las condiciones de un mundo verdaderamente humano y da el sentido de una alegría espiritual. Quienes lo rechazan como frivolidad, muestran tener del ser humano y del mundo una concepción nocivamente angosta. Pero el arte jamás será un valor absoluto. La verdadera belleza es en definitiva la del corazón. El cultivo del sentido artístico puede tener un valor cristiano muy grande. Sería nocivo si, convirtiéndose en el todo de la vida, matara en nosotros la cualidad superior, que es la caridad. La posibilidad de compartir y de comulgar que ofrece, degeneraría entonces en destrucción.

Inteligente, el ser humano hace de verdad suyo el mundo por el conocimiento. ¿Cómo no valorará, pues, el cristiano la cultura, ya literaria, científica, filosófica, ya adquirida en los viajes con el descubrimiento de mundos diferentes? Pero es necesario, no obstante, que haya una «moral de la cultura». Porque la cultura puede adolecer de desequilibrios ruinosos. Así, con harta frecuencia, el hombre moderno es incapaz de dar sentido a su vida. Habitado a no considerar más que un universo de cosas manipulables, gracias a la abstracción científica, está a menudo perdido ante los problemas humanos esenciales.

El problema del uso de la inteligencia se plantea también en el dominio de la fe. ¿Cuántos creyentes son incapaces de armonizar sus creencias y sus ideas y, más todavía, de razonarlas a los demás! «La verdadera fe busca comprender», decía san Anselmo. Sin duda, la razón no puede pretender agotar la riqueza divina. Pero no por eso debe fallar su vocación de ser luz en la búsqueda de la Verdad.

«El alma», es la palabra utilizada para designar el aspecto espiritual del ser humano, que no se reduce al cuerpo, ni a sus diferentes facultades. Hay en ella una fuente o principio indefinible de su unidad y de su identidad.

1. «Lo que entendemos por sensibilidad en la pintura: el poder de dejarnos influenciar, de dejarnos transformar por una realidad exterior. No es una flaqueza verse así desarmado, es un maravilloso poder de cambiar —y de darse—, de enriquecerse» (M. A. Couturier, *Se darder libre*, Cerf 1962, p. 9).

El alma no tiene nada que ver con una realidad inmaterial que estaría oculta en nosotros, como a veces nos la imaginamos. Habría que hablar más bien de una apertura que apela a una relación con los demás y, a través de ellos, con Dios. Esta apertura se manifiesta en la búsqueda de un «sentido» que dar a la vida. Encontrarlo es hacerse un ser coherente, orientado a lo esencial. Para el creyente, el sentido definitivo de la vida no puede encontrarse en este mundo: está en Dios.

Pero, apoyado en esta certidumbre, fuente de seguridad y de gozo profundo, el cristiano puede ponerse en marcha, «peregrino en la tierra». Y ahora mismo, por la plegaria y por los sacramentos. Vuelve a Dios, fuente de vida. «No tengo más que un alma que tengo que salvar», decía otrora un cántico. No expresaba desgraciadamente, con harta frecuencia, sino la actitud friolera de un ser enroscado sobre sí mismo y atornillado por la angustia de la muerte.

Pero ¡cuánta verdad encierra la sentencia de Jesús! «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el universo si pierde su alma?» (Mt 16, 26). Quien deja agostarse la fuente oculta de su persona, no será más que una rueda de una sociedad standard izada y mecanizada en exceso, en otras palabras inhumana.

Es fácil describir un ideal. Pero el ser humano no puede apuntarlo sino de lejos. La realidad concreta es con harta frecuencia la caída y la recaída.

Amarse de verdad no es fácil, como hemos dicho. La fe, sin embargo, permite al creyente redescubrir, en los sacramentos, los signos de un amor divino más fuerte que nuestras dudas y nuestras desesperanzas. Por descubrirse finalmente alcanzado por la gracia divina, puede el cristiano volver a emprender con confianza la conquista de sí.

Textos bíblicos

18. Hay que cultivar los talentos

«Es también como un hombre que, al irse de viaje, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; después se marchó. Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio el que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

Al cabo de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos, ajusta cuentas con ellos. Llegándose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: 'Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado'. Díjole su señor: '¡Bien, siervo bueno y fiel!; has sido fiel en lo poco, te pondré por eso al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu señor'. Se acercó también el de los dos talentos y dijo: 'Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado'. Díjole su señor: '¡Bien, siervo bueno y fiel!; has sido fiel en lo poco, te pondré por eso al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu señor'. Se acercó por fin también el que había recibido un talento y dijo: 'Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo'. Mas su señor le respondió: 'Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí. Debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros. Y así, al volver yo, hubiese recobrado lo mío con los intereses. Quitadle, por tanto, su talento y dádsele al que tiene diez» (Mateo 25, 14-28).

Jesús da pan a la muchedumbre hambrienta

«Por aquellos días, habiendo de nuevo mucha gente y no teniendo qué comer, llama Jesús a sus discípulos y les dice: 'Me da lástima esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. Si los despidó en ayudas a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos le respondieron: '¿Cómo podrá alguien saciar de pan a éstos, aquí en el desierto?'. El les preguntó: '¿Cuántos panes tenéis?'. Ellos le respondieron: 'Siete'. Entonces él mandó a la gente acomodarse sobre la tierra y, tomando los siete panes y dando gracias, los partió e iba dándolos a sus discípulos para que los sirvieran, y ellos los sirvieron a la gente. Tenían también unos pocos pececillos. Y, pronunciando la bendición sobre ellos, mandó que también los sirvieran. Comieron y se saciaron, y recogieron de los trozos sobrantes siete espuertas» (Marcos 8, 1-8).

20. Jesús procura el vino de la fiesta en Caná

«Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, le dice a Jesús su madre: 'No tienen vino'. Jesús le responde: '¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora'. Dice su madre a los sirvientes: 'Haced lo que él os diga'. Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos y de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: 'Llenad las tinajas de agua'. Y las llenaron hasta arriba. Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala'. Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían

sacado el agua, sí que lo sabían). Llama el maestresala al novio y le dice: 'Todo el mundo sirve primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora'. Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos» (Juan 2, 1-11).

21. El drama del hombre pecador

«Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiere. Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí. Descubro, pues, esta ley: en queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta» (Romanos 7, 18-21).

22. Enriquecer la propia alma con miras a Dios

«Les dijo una parábola: 'Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí, diciendo: 'Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y juntaré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea'. Pero Dios le dijo: 'Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?'. Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios» (Lucas 12, 16-21).

5.

Amar al prójimo
como a sí mismo

El verdadero amor del otro es mucho más que el sentimiento espontáneo o que el apego a los que nos aman: se extiende hasta los enemigos. Lo que lo hace posible es la convicción de que Dios nos ama, a pesar de nuestra miseria. Quien se sabe comprendido y perdonado, está transformado: puede echar una mirada nueva sobre los otros, comprometidos con él en la misma y difícil aventura de la vida.

«Amor» es una palabra ambigua

Se puede amar el vino, el deporte, el arte moderno, la familia, Dios. Una misma palabra puede cubrir actitudes muy diferentes, y aun opuestas. En respuesta a la gran exigencia de Jesús: «Amarás al prójimo como a ti mismo» (Lc 10, 17), hay que preguntarse, lógicamente, de qué amor se trata.

El amor cristiano va siempre más lejos

Juan se prenda de Edith. ¿Es su sentimiento amor cristiano? Puede ser su punto de partida. Pero el amor cristiano es más: no consiste en el impacto de la atracción, sino en su calidad, en la manera de vivirlo.

Ante una catástrofe, Pedro se remueve de generosidad. Responde con entusiasmo al llamamiento de ayuda. ¿Es este impulso humanitario amor cristiano? Quizás. Pero llegará el momento en que el impulso espontáneo no bastará. El amor cristiano, eficaz y duradero, requiere raíces más profundas.

El amor es un acto verdadero

El amor cristiano es acto. «Tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Era extranjero y me acogisteis. Estaba desnudo y me vestisteis. Estaba enfermo y me visitasteis. Estaba preso y vinisteis a verme» (Mt 25, 35). Según Jesús, tal será el fondo sobre el que se juzgará la vida de hombres y de mujeres al fin de los tiempos. Y a través de todos estos actos se crea el Reino de Dios, la humanidad renovada. El mismo no cesó de dar ejemplo. Lo recuerda explícitamente cuando, la víspera de su muerte, lava los pies de sus discípulos, realizando así la humilde tarea del doméstico encargado de acoger al huésped de pies cansados y polvorientos (Jn 13, 4). Amar ¿será, pues, hacer «caridad»? La expresión ha tomado un sentido inaceptable, a través de la actitud que revelan ciertos gestos de condescendencia: se da al pobre, al inferior y, dando, se afirma la propia generosidad, la propia superioridad. «No hagáis el bien ante los hombres para ser vistos», dice Jesús. «Cuando des limosna a los pobres, no hagas que griten ante ti, como lo hacen los hombres falsos... No sepa tu mano izquierda lo que da tu mano derecha» (Mt 6, 1-3).

El amor cristiano es el don totalmente desinteresado. Puede y debe manifestarse en una comunión de bienes. Pero es también el que se afirma en un oficio, entendido como servicio al mismo tiempo que como medio de vida, en la acción social o política con miras a aliviar miserias colectivas, y en suprimir sus causas, para el desenvolvimiento de la humanidad. No obstante, el apóstol Pablo declara: «Aunque distribuyera todos mis bienes en limosnas y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo la caridad, de nada me servirá» (1 Co 13, 3).

Imposible, pues, limitar el amor cristiano a actos. ¿Quién no sabe, por otra parte, que un gesto hecho sin «corazón» es realmente vacío? El amor cristiano es una disposición profunda de la voluntad, de la inteligencia y del corazón.

El amor cristiano quiere el verdadero bien del otro

«Cuanto más auténtico sea el amor que tengas a un dichoso al que no puedes obligarle a nada, más puro será el amor, y mucho más franco. Porque si tú obligas a un desgraciado, quizás deseas elevarte sobre él, y quieres que esté debajo de ti, él, que te ha provocado a hacer el bien. El se encontraba en la necesidad, tú le has dado parte de tus recursos. Porque le has obligado, apareces de algún modo mayor que él, el obligado. Desea que sea tu igual: ¡stad juntos sometidos a Aquel que no puede ser obligado de nadie». Así hablaba san Agustín, el gran obispo de comienzos del s. V.

El amor se extiende también a los enemigos

El amor cristiano es más que la solidaridad. Esta liga entre sí a hombres y mujeres agrupadas por una causa común, para un mismo combate. Tiene un valor real. Pero, casi siempre, surge «contra» alguien o algo. Están los del grupo y están los otros, los «enemigos». A éstos se les combate. El marxismo declara incluso como un deber combatir al «enemigo de clase», el nacionalismo combatir al extranjero, etc...

El amor cristiano no ignora las divisiones y los conflictos. Puede llevar a comprometerse activamente contra las injusticias, las estructuras económicas, sociales y políticas malsanas. No se fía incluso de las efusiones que dan la ilusión del acuerdo, cuando no hacen más que enmascarar las dificultades reales: éstas, luego, acabarán por afirmarse todavía con mayor violencia, y el resultado final será la destrucción.

El creyente rechaza «odiar», aun al enemigo. Jesús dice: «Habéis oído que se dijo: «Amarás a tu hermano como a ti mismo y odiarás a tu enemigo». Pero yo os digo: 'amad a vuestros enemigos. Orad por los que os hacen mal. Así seréis hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir el sol sobre los malos y los buenos, y llover sobre los justos y los injustos. Amar a los que os aman es fácil... Si no saludáis más que a

vuestros amigos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen otro tanto los que no conocen a Dios? Entonces seréis perfectos, como vuestro Padre del cielo» (Mt 5, 44-48).

¿No son excesivas las palabras de Jesús? ¿Cómo hacer oír este llamamiento a hombres torturados, a mujeres explotadas, a padres cuyos hijos han sido drogados, a un marido cuya esposa ha sido asesinada, a los deportados a los campos de concentración?

Jesús no pide sentir simpatía por el enemigo, sino querer su bien, su verdadero bien, y hacerlo todo para esto. Llama a una caridad contagiosa, capaz quizás de cambiar el corazón del malhechor, pero que en todo caso borra el círculo de la venganza y apela a un mundo nuevo.

¿Cómo será posible esto? Va tan en contra de la naturaleza humana... Hay que transferir aquí lo que Jesús decía del desprendimiento del dinero: «Para los hombres es imposible. Pero para Dios todo es posible» (Mt 19, 26).

Cuando uno se descubre pecador y perdonado

No puede verdaderamente amar al otro sino quien ha descubierto su propia miseria y, a despecho de ella, ha sabido amar por haberse reconocido amado: tal es el sentido profundo de la frase «amar al prójimo como a sí mismo».

Indiscutible. No todo el mundo es criminal, explotador, proxeneta, inicuo. Pero el que es lúcido conoce las fuerzas profundas y destructoras que bullen en su fondo. Conoce su fragilidad. Sabe también que, si puede seguir el camino recto, es fruto de un don, el que se traduce por la educación recibida, la ayuda de personas queridas, la herencia cristiana y el Evangelio descubierto con asombro. Para comprender de verdad esto, hay que saber lo que es el amor en toda su fuerza. Como el sol hace percibir la sombra, la contemplación de la caridad de Cristo, manifestada en toda su vida y en su muerte, permite al hombre reconocer sus contradicciones profundas.

No es que por ostentación se llamaran miserables pecadores los grandes santos. Es que se conocían de verdad. Pero, cara a la cruz, se descubrieron a sí mismos amados y, por consiguiente, perdonados. Entonces, la luz del amor que les penetraba, pudo transformarlos y desbordar sobre los que encontraban. El verdadero amor cristiano es fruto de la gracia. Lo que en el lenguaje antiguo se llamaba «virtud (fuerza) sobrenatural (que sobrepasa lo humano)».

La verdadera «caridad» es un don de Dios

Cabe así comprender qué es la verdadera caridad, don de Dios, fruto de su Espíritu, que viene a transformar «el corazón de piedra en corazón de carne» (Ez 11, 19). Bajo la mirada de un Dios que se ha dado a conocer por la inmensidad de su misericordia, hombres y mujeres pueden

reconocerse hermanos y hermanas, a despecho de todo lo que les opone. Están lanzados a la misma y difícil aventura de la vida. Unos, esclarecidos por la luz divina, han podido ir adelante. Otros se debaten y, en su angustia y temor, se encierran en sí mismos y lesionan a los que les rodean. Pero, a despecho de todo, siguen siendo solidarios (solidaridad no limitada a un pequeño grupo, la de la humanidad entera). Por haber sido salvado y perdonado, el cristiano se reconoce responsable de todos aquellos con que se encuentra, y esta convicción penetra tanto sus amistades y sus amores como sus combates.

El
«mandamiento»
del amor es
libertador

Como este llamamiento a amar de verdad no es ni evidente ni fácil, puede ser objeto de un mandamiento. Pero el mandamiento no es una coartación. Indica la verdadera libertad por alcanzar, la que puede cambiar el mundo. «Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros, sí, amaos como yo os he amado. Todos reconocerán que sois mis discípulos si os amáis los unos a los otros» (Jn 13, 34-35). Al amor así comprendido nos llama el cristianismo.

Amor del otro a realizar en situaciones mayores, que hoy en día plantean problemas importantes:

Amar al otro masculino y femenino.

Amar al otro en su vida.

Amar al otro en la justicia.

Amar al otro en la verdad.

Amar a los allegados.

Textos bíblicos

23. El amor cristiano es concreto

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: 'Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitásteis; en la cárcel, y vinisteis a verme'» (Mateo 25, 31-36).

24. Dar tiempo y dinero, como el buen samaritano

«Jesús respondió: 'Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: 'Cuida de él y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva'. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?'. El legista dijo: 'El que tuvo misericordia de él'.

Dijo Jesús: 'Vete y haz tú lo mismo'» (Lucas 10, 30-37).

25. Amar es servir como sirvió Jesús

«Vosotros me llamáis 'el Maestro' y 'el Señor', y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os doy ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que le envía. Sabiendo esto, seréis dichosos si lo cumplís'» (Juan 13, 13-17).

26. Amar es perdonar como un rey de corazón generoso

«Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: 'Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré'. Movidlo a compasión el señor de aquel siervo, le dejó marchar y le perdonó la deuda. Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: 'Paga lo que debes'. Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: 'Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré'. Pero él no quiso, sino que fue y le echó a la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo que sucedió. Su señor, entonces le mandó llamar y le dijo: 'Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, como también yo me compadecí de ti?'. Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano» (Mateo 18, 23-35).

27. Amar a los enemigos

«Pero yo os digo a los que escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y lo que queráis que los hombres hagan, hacedlo vosotros igualmente. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman. Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! Si prestáis a aquellos de quienes esperaréis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien, y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos de Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lucas 6, 27-36).

Amar como Jesús

«Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma» (Carta a los Efesios 5, 1-2).

6.

Amar al otro
masculino y
femenino

De una manera general, vivir bien la relación entre hombre y mujer requiere una sociedad donde reinen la dignidad y el respeto de las diferencias. Jesús tuvo en este dominio una actitud innovadora.

Más particularmente, la vida de la pareja es importante. Su plena realización es difícil: supone que cada uno de ellos acepte salir de sí y renuncie a la idea que se hace del otro. Aceptando al otro en su realidad verdadera, el cristiano se abre a Dios mismo, fuente del encuentro auténtico. Y realiza el ideal de la pareja propuesta por Jesús: una comunión fiel y creadora.

Hombre y mujer en la sociedad

*Por una
sociedad de
hombres y
mujeres*

Amar al otro es amarle en la diferencia fundamental de su ser masculino y femenino. La igualdad política, social, cultural, es ciertamente necesaria para la aparición de un mundo donde el hombre y la mujer puedan vivir la riqueza de su diferencia y no ya la pobreza de su independencia.

La liberación de la mujer es una de las cuestiones candentes de nuestra sociedad. «Hay que arrancarla de la dominación masculina», dicen las feministas. Pero ¿basta adoptar la causa de las «víctimas» contra los «opresores», la causa de las mujeres contra los hombres, para vivir mejor juntos? Parece que ciertas tendencias actuales en favor de la liberación de la mujer apuntan a transformar la superioridad masculina en superioridad femenina y no a cambiar la perspectiva de las cosas. Así, ciertas mujeres llegan a pensar que su victoria está en llegar a pasarse de los hombres, para constituir su propio mundo independiente. El caso extremo son las mujeres que quieren ser madres sin contraer un vínculo duradero con el procreador de su hijo. Cabe preguntarse también si la homosexualidad cada vez más abiertamente aireada, tanto por mujeres como por hombres, no es igualmente la expresión de este deseo de independencia, de este sueño de un mundo donde el hombre bastaría al hombre, y la mujer a la mujer. Poder pasarse «del otro» para expresar el rechazo de la dependencia en que te tiene, o para reforzar la superioridad en que estás ya instalado, acercarse «al semejante», aumentando así la cohesión exclusiva en el propio campo, es lo que precisamente revela una amenaza de separación lastimosa entre los hombres y las mujeres.

No es solamente la mujer la que realmente tiene necesidad de liberación, como si el hombre hubiera realizado ya su plena vocación humana. El hombre no es menos esclavo que la mujer por la superioridad que se ha arrogado respecto a ella. El ideal no es ni un mundo masculino, ni un mundo femenino, sino un mundo que es masculino y femenino inseparablemente, una sociedad de hombres y de mujeres libres en relación de unos con otros. Veamos ahora más de cerca las exigencias del amor cristiano del otro, distinguiendo el «vivir juntos» en la sociedad en general y el «vivir juntos» en el matrimonio.

El hombre y la mujer son iguales en dignidad

Ser cristiano es ante todo estar convencido de la igual dignidad de las mujeres y de los hombres. Son copartícipes iguales en dignidad, en derechos y en deberes. San Pablo escribe un texto fundamental sobre la dignidad igual de hombres y de mujeres a los ojos de Dios, en el mundo nuevo inaugurado por Jesús: «Ya no hay ni judío, ni griego, ni esclavo ni hombre libre, ni hombre ni mujer, porque vosotros no sois sino uno en Jesucristo» (Ga 3, 28). Esta afirmación no significa la entrada en un mundo donde toda diferencia está abolida. Es transformación de la realidad: no hay ya superioridad del judío creyente privilegiado sobre el pagano dejado a sí mismo, la superioridad del poderoso que goza de la libertad sobre el esclavo dominado, la superioridad del hombre que domina a la mujer en el mundo judío, romano o griego de la época.

Jesús mostró respeto y estima a las mujeres. Es también cierto que la actitud de Jesús estuvo marcada por un respeto a cada ser humano, que no da pie a la desigualdad. En particular respecto a las mujeres, Jesús mostró una estima que contrastaba con las costumbres judías. Tratada como una menor, la mujer no escapaba a la sumisión paterna sino para caer bajo la decisión del marido, cuya propiedad era en cierto modo. No se la consideraba digna de estar plenamente sometida a las prescripciones legales.

En el Templo era relegada al patio de las mujeres, a menos que, según los tabús sexuales, estuviera en los días de impureza legal: en este caso, la prohibición de entrar era absoluta.

«La mujer judía no tomaba parte en la vida pública; no podía ser testigo ante un tribunal... Estaba dispensada de toda obligación religiosa, como el estudio de la Ley, la recitación del *shemá* (resumen de la fe judía). No estaba autorizada a decir las bendiciones antes de las comidas, cosa que podía hacerlo en ocasiones un chico de trece años...» (Paul Aymard, en «Reflechir la beauté du Seigneur», Cerf 1979, p. 70-71).

Jesús mostró una actitud innovadora respecto a la mujer. Aceptó ser acompañado por las mujeres en su ministerio. Cosa que no era la regla habitual. Aceptó que una mujer pecadora le besara los pies mientras estaba sentado a la mesa. Los fariseos no dejaron de reprochárselo: «Si éste fuera el Mesías, debería saber qué mujer es ésta» (Lc 7, 39). Jesús no teme tomar la defensa de la mujer adúltera, no diciéndole que no había pecado, sino precisando a los fariseos: «Tire la primera piedra el que esté sin pecado» (Jn 8, 7). No protestó porque una mujer, que sufría flujo de sangre (según el Levítico 15, 25-30, estaba constantemente en estado de impureza), tocara su manto. Al contrario, la curó. Para él, la mujer es una persona humana igual al hombre y, por consiguiente, no admitía que se le mantuviese en esa especie de reclusión a que la relegaban los hombres de la época. Más todavía, respetó a la mujer dándole en el matrimonio tantos derechos y responsabilidades como al hombre. Y si se escrutan de cerca los episodios «femeninos» de su vida (las bodas de Caná con María, la Samaritana, las hermanas de Lázaro, María Magdalena), se discierne que, en todos los casos, la mujer desempeña un papel importante: aviva, sugiere, tiene la iniciativa, tiene incluso una prioridad en la fe.

Hombre y mujer diferentes

¿Vamos a una civilización «unisexo» o al respeto de las diferencias? Es importante aprender a vivir las diferencias. Y ante todo a admitir su existencia. Igual no quiere decir idéntico.

La diferencia fundamental es la diferencia sexual. Pero distingamos bien entre sexualidad y genitalidad. Porque la generalización de la información ha hecho difundir libros en que manifiestamente brilla por su ausencia esta distinción. Y así se restringe la sexualidad humana a las dimensiones de unas cuestiones meramente relativas a la genitalidad, a perspectivas por consiguiente reducidas. Se entiende por «genitalidad» lo que se refiere a los órganos sexuales y a la función de la reproducción.

Se entiende por «sexualidad» la dimensión masculina o femenina que marca la personalidad entera de cada ser humano, desde el instante de su concepción y a todo lo largo de su desarrollo biológico y social. Por esta razón, todas las relaciones humanas son realmente sexuadas: hay cierta manera femenina o masculina de situarse frente al universo, a los otros y a Dios. Las diferencias no son, pues, simplemente históricas, producidas por la civilización sola. La mujer tiene en particular un poder que no tiene el hombre: dar la vida al niño. Pero no hay que inferir de ello, con demasiada velocidad, un conjunto de cualidades que serían femeninas, mientras que las cualidades opuestas serían masculinas.

Tampoco hablemos con ligereza de cualidades «complementarias» o de «complementariedad de los sexos». Porque la mujer no es para el hombre, ni el hombre para la mujer, un simple complemento que viene a llenar una falta. Siendo hechos originariamente el uno para el otro, el hombre y la mujer se confrontan y experimentan su extrañeza y su semejanza. Aceptando al otro en su ser personal, dan pie a la historia de dos seres responsables uno de otro. Se entabla entre ellos un diálogo donde hay «síes» y «noes», «pros» y «contras».

Un verdadero diálogo femenino masculino es indispensable

Desde Adán y Eva, hombres y mujeres han vivido juntos, trabajando codo a codo y compartiendo responsabilidades. La línea de demarcación entre el trabajo y las responsabilidades que incumbían a uno y otro sexo se ha desplazado al paso de las estructuras sociales, de la historia y de la cultura. Si nuestra sociedad adolece con frecuencia de miseria intelectual, artística y espiritual, se debe entre otras cosas a que hemos limitado a las solas relaciones entre esposos el compartir las responsabilidades. Ninguna sociedad puede vivir sin la unidad entre los hombres y las mujeres. La separación de los sexos aparece como un divorcio: empobrece. La simple coexistencia pacífica es a su vez estéril. Solamente una cooperación verdadera, la aceptación de una completa interdependencia, permite una civilización creadora. Esta cooperación auténtica parece que está todavía por inventarse.

La relación hombre y mujer en la pareja

En nuestra civilización, en el corazón de las cuestiones candentes que implican la relación masculino-femenino, el «vivir juntos» un hombre y una mujer ocupa ahora el primer puesto. No hay que marrar esta relación privilegiada, porque sería, dicen, marrar fundamentalmente la vida misma humana. Se espera así mucho de la vida en pareja, demasiado sin duda, para ser dichoso.

La importancia de la vida en pareja

Para el cristiano, la pareja sobrepasa por mucho los intercambios sexuales. Es una comunidad de vida. Es el matrimonio: un hombre y una mujer inspirados por un amor mutuo toman libremente la decisión y la responsabilidad de vivir juntos, de suerte que su encuentro venga a ser una comunión total, duradera y exclusiva.

La pareja cristiana es una comunión duradera, exclusiva y creadora

Una comunión duradera: por todo el tiempo de la existencia. Cabe un fracaso, y la comunidad puede degenerar en letal. Entonces es posible que la separación de las personas afectadas resulte, desde el punto de vista moral, la solución menos mala. Pero para un católico, el volver a casarse no es posible.

Una comunión exclusiva: «No adulterarás» (Ex 20, 14), decía ya el mandamiento dado por Dios a Moisés. Y Jesús lo asume (Mt 5, 27). Esta indicación clarísima advierte al cristiano que la ruptura del matrimonio es una ruptura de la vida, una hipótesis con la que no hay que bromear. El mandamiento protege a la pareja cristiana contra las capitulaciones prematuras, contra el abandono egoísta del consorte. Es una invitación a no perder jamás de vista el fin tan hermoso que es una comunión de vida creadora.

Una comunión creadora: se realiza en parte en la procreación del niño. Jesús no dice nada en cuanto a la dimensión de la familia. La responsabilidad familiar recae sobre los padres.

Si se estima deber dominar la fecundidad para reducir la natalidad, no cabe hacerlo sino a beneficio de otras formas de generosidad, para enriquecer el mundo con un dinamismo siempre activo. Para este señorío, la Iglesia católica recomienda los métodos llamados «naturales». Tienen los mayores chances de ser humanizadores, porque respetan la estructura profunda del encuentro conyugal. Desde luego, suponen un esfuerzo de conocimiento y de dominio de sí, «de común acuerdo y de común esfuerzo», como lo dice el Concilio Vaticano II (n.º 5, 2), pero nada grande se hace sin esfuerzo en el plano humano. Estos métodos tienen sus inconvenientes reales. Sin embargo, se acercan lo más actualmente al método ideal de regulación. El método ideal debería satisfacer a las siguientes condiciones: que los dos consortes lo soporten por igual; que no se medique en exceso la relación sexual; que sea eficaz y lo más satisfactorio posible.

¿Las relaciones sexuales precoces?

El deseo de Cristo es que todo hombre y toda mujer accedan a una sexualidad más gozosa por más humana. Es un ideal que no se logra fácilmente. Ciertas experiencias no ayudan a desenvolver la sexualidad.

Las relaciones sexuales precoces se pretenden como experiencias con partners que cambian. Tienen significados múltiples: búsqueda de una afirmación de sí, de una autonomía respecto a los padres, de la propia identidad sexual. Llevan con frecuencia a fracasos. En efecto, como cada uno de los partners busca ante todo una afirmación o una revelación de sí, no puede corresponder sino difícilmente a las

expectativas del otro. Entonces, tanto en el plano sexual como en el afectivo, cada uno de los dos se ve devuelto a una soledad todavía mayor, porque no se han tenido suficientemente en cuenta los sentimientos, y la ternura brilla por su ausencia con harta frecuencia. La expectación queda decepcionada. De aquí surge el deseo de nuevas experiencias y, finalmente, se corre el riesgo de banalizar el placer, separado de un auténtico diálogo en el seno de un verdadero amor.

¿Y la
cohabitación
«juvenil»?

La cohabitación «juvenil» es cada vez más frecuente. Ante tantas parejas fracasadas, ¿cómo no ser precavido? ¿No es mejor ensayar, ver si se puede realmente vivir juntos, antes de comprometerse? ¿No se burla además el amor de todas las formalidades sociales?¹.

Hay que ser lúcido: ¿A qué lleva la cohabitación? A corto plazo puede tener efectos benéficos, pero ¿qué ocurre a largo plazo? Porque los jóvenes no excluyen la posibilidad de separarse. Un ensayo nunca es absolutamente concluyente. La vida en pareja puede funcionar muy bien durante el período de ensayo y muy mal a partir del momento en que se contrae el matrimonio. Porque durante el período de ensayo se vive bajo la mirada de otro con la hipótesis de una ruptura posible: se arriesga uno a vivir su relación presente en intensidad, se posan como espectadores de sí mismos para ver «cómo va a marchar esto». Por otra parte, lo que ocupa de hecho el centro de la pareja «en ensayo» es la desconfianza. Se sospecha de sí mismo y se sospecha del otro: ¿habrá viabilidad? La desconfianza puede más bien destruir que construir, porque para construir una relación con otro hay que fiarse de él. ¿Y si hay separación? Es el riesgo de fracaso grave para quien ha investido mucho en esta relación, rota después de una experiencia profunda. En fin, los riesgos de preñez nunca son baladíes: hay que ser realista. Ante la preñez, la pareja se ve con frecuencia afrontada con el aborto, que es un drama, o con el matrimonio. Pero si se contrae matrimonio por el niño, ¿qué papel se le hace desempeñar? He aquí las graves reticencias que debe tener el cristiano ante el «matrimonio de ensayo», el cristiano que conoce por otra parte el chance que representan para la pareja el compromiso y la fidelidad en la duración.

1. «Una sexualidad humana no puede hurtarse al grupo ni a sus leyes (en la medida en que éstas son humanas y humanizantes). Los amantes no están solos en el mundo más que en sus sueños. En realidad tienen padre y madre, amigos y entorno, trabajan (el drama del paro y su repercusión en la pareja ¿no nos muestran su importancia en nuestra sociedad?). También aquí la realidad humana implica que se asume la vida social hasta en la pareja» (Mgr. J. Jullien, en «Nouvelle Revue Theologique» de marzo 76).

*El creyente
emprende sin
cesar la ruta del
amor*

Porque cree en el valor de un modelo de amor fiel, abierto, generoso y tierno, el cristiano no renuncia a emprender la ruta del amor, a despecho de obstáculos y de caídas.

Pero emprender la ruta, o volver a emprenderla, supone la renuncia al sueño de hacerse solito hombre o mujer. El que o la que consiente humildemente reconocer su «falta» fundamental y acepta así recibir del otro su vida, puede arribar a la plena expansión. Dejando de modelar al otro al capricho de su deseo, viene a ser capaz de abrirsele, porque su instinto sexual está ya impregnado de caridad. Puede ocurrir, por cierto, que su deseo quede decepcionado por el otro. Pero, como su amor se ha transformado en generosidad, don y voluntad de hacer vivir, vivirá él mismo del amor y podrá así entrever mejor lo que es el amor mismo de Dios.

*El ideal
cristiano de la
castidad*

A nivel del comportamiento y de las costumbres, esta visión renovada del amor se traduce en la castidad. Esta nada tiene que ver con la virtud ridícula de que se mofan los defensores del erotismo exacerbado. Tampoco hay que confundirla con la abstención de la vida sexual o continencia, aunque puede conllevarla. La castidad designa la capacidad de orientar sanamente la vida sexual. Es el resultado del largo esfuerzo de una voluntad alcanzada por la irradiación de una gracia divina, gracia que revela el verdadero sentido del amor. Se traduce en el rechazo de usar el cuerpo, si no es con miras al verdadero encuentro amoroso.

El encuentro sexual, auténticamente vivido, es revelación de un mundo de «gracia». No es, sin embargo, un absoluto, porque solamente la consumación final por el encuentro con Dios es la meta absoluta del hombre y de la mujer. Por esta razón, el celibato de hecho o voluntariamente aceptado por un motivo importante, puede tener un sentido en la vida cristiana. Jamás podrá consistir en una recusación de situarse, como hombre o como mujer, ante el otro sexo reconocido en su pleno valor. Porque, si el ser humano puede renunciar a la relación sexual o genital, no puede por el contrario renunciar a relaciones sexuales. Jesús mismo lo mostró.

Dimensión esencial de la vida del hombre y de la mujer, el amor no puede ser negado. No puede sino ser «sublimado», sobrepasado, con miras a un amor todavía mayor.

*La historia de la
salvación se
identifica con un
drama de amor*

Para exponer la historia de la salvación, ciertos autores bíblicos, en particular los profetas Oseas y Jeremías, tomaron de comparación una historia de amor con sus componentes sexuales. Dios es un esposo traicionado por la prometida a la que ama. Esta se entrega a la prostitución. Pero Dios se

mantiene fiel. Reconquista poco a poco el corazón de la infiel, antes de unírsele para siempre.

Más tarde, Jesús se presentó como «el esposo», venido a realizar en su persona la nupcias de Dios y de la humanidad creyente, convertida por su amor. Si él renunció al amor carnal, su vida fue una expresión extraordinaria de lo que puede ser una genuina relación entre Dios y la humanidad.

Textos bíblicos

29. En el primer relato de la creación, el ser humano, masculino y femenino, son creados a imagen de Dios

«Y dios creó al hombre a su semejanza, a imagen de Dios, Hombre y Mujer los creó» (Génesis 1, 27).

30. El segundo relato subraya que el hombre y la mujer son semejantes y diferentes, que sus relaciones son enriquecedoras, que la sexualidad es buena

«Dijo luego Yahwé Dios: 'No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada'. Y Yahwé Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces Yahwé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahwé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: 'Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada varona, porque del varón ha sido tomada'. Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne [y se aceptan como son]» (Génesis 2, 18-25).

Jesús no comparte los prejuicios sexistas de su tiempo. Dialoga con la Samaritana

«Llega, pues, a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como venía fatigado del camino, se sentó junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dice: 'Dame de beber'. '¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?' (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos)... Jesús le dijo: 'Vete, llama a tu marido y vuelve acá'. Respondió la mujer: 'No tengo marido'. Jesús le dice: 'Bien has dicho, porque has tenido cinco

maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad'. Entretanto, llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos de que hablara con una mujer. Pero nadie le dijo: '¿Qué quieres?' o '¿Qué hablas con ella?'» (Juan 4, 7-9, 16-18).

32. Jesús recuerda al hombre la fidelidad conyugal

«Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con una repudiada por su marido, también comete adulterio» (Lucas 16, 18).

33. La prostitución es un desvío de la relación Hombre/Mujer

«¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de meretriz? ¡De ningún modo! ¿O no sabéis que quien se une a la meretriz se hace un solo cuerpo con ella? Pues está dicho: Los dos se harán una sola carne. Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él. ¡Huid de la fornicación! Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; mas el que fornicación, peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Corintios 6, 15-20).

34. La castidad es uno de los frutos del Espíritu

«El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu» (Gálatas 5, 22-25).

7.

**Amar al otro en su
vida**

Jesús nos invita a ser responsables de la vida del otro. Y ante todo nos encontramos con los pobres, desprovistos de bienes y de poder: nuestro primer deber es ayudarles. Pero promover la vida es también evitar ponerla en peligro. Jesús rechazó la violencia. Y su llamamiento a respetar la vida tiene tanto mayor eco cuanto más numerosos son los modos de poner la vida en peligro.

Acrecer la vida del prójimo

*El mal rico no se preocupaba del pobre
Lázaro*

Muchas veces nos alerta Jesús con gravedad, en su Evangelio, para concienciarnos de nuestra responsabilidad respecto a la vida de los demás. Escuchemos la amonestación de la parábola del Mal rico: «Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas. Y uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue sepultado. Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: 'Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama'. Pero Abraham le dijo: 'Hijo, recuerda que tú recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, males; ahora pues, él es aquí consolado y tú atormentado» (Lc 16, 19-25).

En nuestro derredor hay pobres

Si echamos una mirada lúcida a nuestro derredor, nos encontramos siempre con pobres. Y a pesar de cuanto se ha dicho a veces en una mala interpretación de la bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres», la pobreza no es un ideal. Es un mal que irrita a Dios y afecta a su honor. Aquí no cabe más que un ideal: compartirla en el amor.

El mal poliédrico que es la pobreza

El ideal cristiano incita, no a hacerse pobre, sino a velar para que nadie se encuentre en necesidad. Este ideal conducirá, sin duda alguna, a empobrecerse en provecho de los que están en necesidad. La meta final es que no haya pobre alguno. Pero la pobreza se ensaña en nuestra sociedad de abundancia.

Personas y familias conocen situaciones de miseria. Si se da importancia a la falta de dinero, no siempre se presta la atención debida a los jóvenes o a los menos jóvenes en búsqueda de un hipotético empleo; a las mujeres abandonadas con hijos, traumatizadas por su prueba, embarulladas en gestiones jurídicas o administrativas, en espera del pequeño auxilio financiero y moral que les permitiría encontrar un poco de libertad y de autonomía; a los emigrados ansiosos de un mañana, en espera de un derecho de existencia en una tierra de exilio; a hombres y mujeres aislados, deprimidos, ineptos para hacer valer sus derechos; a los minusválidos de todo género, que se multiplican. Porque la pobreza moderna no es solamente del orden del «haber» o de la falta de medios materiales. Toca igualmente, cada vez más, al dominio del «ser» y provoca numerosas marginalizaciones.

Hay que actuar también sobre las causas de todas las pobrezas

Ante todo hay que ayudar materialmente a los pobres. Esto es indispensable. Hay que actuar también sobre las instituciones para detectar las fallas de un sistema de protección, corregir su mal funcionamiento y eliminar las exclusiones que provoca. Todo esto es necesario, pero no suficiente. Porque no basta imaginarse y poner en marcha los mecanismos de compensación para poner de pie a hombres y mujeres desguarnecidos, a jóvenes deprimidos, a seres sin esperanza.

Habría que invertir más en favor de los que más lo necesitan: así, colocando a los mejores profesores en las escuelas de las zonas más desheredadas, las asistentas sociales en los barrios más desprovistos. Cabría aumentar muchísimos oficios susceptibles de un compromiso de jóvenes cristianos al servicio de los más pobres.

Lo más importante y lo más difícil es luego ofrecer a todos los que son ayudados, no solamente la libertad y la autonomía personales, la posibilidad de ejercer sus derechos y de cumplir sus deberes, sino también de organizarse, de asociarse, de expresarse colectivamente. Semejante solidaridad daría testimonio de que el Evangelio inspira de verdad a los cristianos de hoy, mostraría que es posible otro modo de vivir, de compartir, de ser solidarios. Así, promover la vida en la persona del prójimo, acrecer su vida física, afectiva, intelectual, moral y religiosa, es la primera respuesta del cristiano al llamamiento de Jesucristo relativo al otro.

No poner en peligro la vida del prójimo

La segunda respuesta al llamamiento de Jesús es no amenazar la vida del otro. Porque somos pecadores, y toda violencia halla sus cómplices en lo más hondo de nosotros mismos.

La violencia: una amenaza en el fondo del corazón humano

La violencia y la vida, en efecto, están ligadas de cierto modo: en la palabra «violencia» encontramos la raíz «vida». En el origen de la violencia está la fuerza vital que, para mantenerse, tiende a destruir la vida del otro. En la Biblia, la primera vez que el hombre tuvo un hermano, lo mató. ¿Por qué este Caín criminal en nosotros? ¿Por qué la violencia agazapada en el fondo del corazón humano, fuerza temible y misteriosa como el pecado de que es figura simbólica?

Caín se ha multiplicado. Entre las interrogantes que plantea a todo hombre y a toda mujer el mundo, tal como resulta a nuestros ojos, el problema de la violencia individual o colectiva es hoy más candente que nunca.

Jesús fue testigo de la violencia. Jesús rehusó la violencia injusta

Jesús conoció un mundo donde la violencia reinaba por doquier: El Evangelio se hace eco de los últimos años cruentos del reinado de Herodes, de la masacre de los Galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de sus víctimas, de la decapitación de Juan Bautista, del motín que acarreó el arresto de Barrabás. Jesús conoció la violencia de adversarios que querían lapidarlo, la violencia de los ultrajes y de los insultos de la Pasión, la violencia de la crucifixión.

Jesús era un mesías pacífico: rehusó seguir a los Zelotas partidarios de la resistencia armada contra la ocupación romana. Sin embargo, adoptó cierta violencia profética para denunciar la hipocresía religiosa y la injusticia. Aun llegó a expulsar a látigo a los vendedores del Templo, reprochándoles la perversidad de su comercio y la profanación de la casa de su Padre (Mt 21, 12). No obstante, la caridad sigue siendo el signo por el que se reconocerá siempre a sus discípulos. Con el mandamiento del amor toma el contrapié de todo el mundo de violencia: a la violencia siete veces ejercida hay que responder, dice Jesús, con siete veces el ejercicio del perdón.

El Decálogo prohibía matar: «No matarás» (Ex 20, 13).

El cristiano condena el homicidio

Jesús va más lejos: condena toda manifestación de cólera contra el hermano e invita a la reconciliación. Siguiendo a Jesús, el cristiano reconoce claramente que el hombre no debe ser en absoluto asesino de su hermano. La vida del ser humano se encuentra así protegida contra su supresión arbi-

traría. Humanamente, matar es el gesto último y más grave que pueda realizar un hombre contra otro hombre. Realizándolo, se sobrepasa la última frontera de protección del prójimo. Pero la gravedad del homicidio se mide también respecto a Dios: consciente o inconscientemente, el asesino se planta como dueño de la vida y de la muerte. Pretende desempeñar un papel que a solo Dios creador pertenece. Roba al mismo tiempo al prójimo el derecho otorgado por Dios y que Dios sólo puede retomar: la vida.

Pero no es sólo el homicidio voluntario lo que atesa la conciencia cristiana. Ahí están los homicidios y las lesiones provocadas por la imprudencia. Todos los fines de semana, los accidentes de circulación matan, lesionan, estropean de por vida a hombres y mujeres, a jóvenes y a niños. El origen de estos accidentes es con frecuencia un fallo humano: no se respeta el código, velocidad excesiva, manejo en estado de ebriedad, presunción de las propias fuerzas, sueño escaso, etc. Tenemos además los accidentes de trabajo, causados con harta frecuencia por la negligencia, la despreocupación o la inercia. Y hay casos límites que ponen en juego la vida del prójimo: la eutanasia, el aborto, la pena de muerte, la legítima defensa y la guerra.

El cristiano rechaza la eutanasia y el aborto

Eutanasia: palabra de origen griego, significa en su raíz «muerte dichosa» o «buena muerte». Designó, en el siglo XVI, una acción deliberada que Francis Bacon recomendaba a los médicos, para que procurasen a los enfermos «una muerte serena y fácil», atenuando sus sufrimientos. Hoy, el término evoca la aceleración o la provocación de la muerte de un enfermo por un tercero, para acabar los sufrimientos intolerables o inútiles.

Es comprensible que uno, abrumado por el sufrimiento de un ser amado, se decida a finiquitarlo, o que un enfermo, torturado por su mal, ponga fin a sus días. Pero comprender no es aprobar. Y no nos toca nunca a nosotros juzgar sobre los demás. «No juzguéis y no seréis juzgados», dice Jesús. No obstante, debemos estimar y juzgar los actos. En este caso es preciso afirmar que el acto mismo es malo. Nuestra vida no nos pertenece; no somos sus dueños. «Porque ninguno de vosotros vive para sí mismo, como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor» (Rm 14, 7-8).

Nosotros no vivimos sino por la voluntad de nuestro Padre del cielo y nos dejamos en sus manos en cuanto a la decisión última de la hora de nuestra muerte. Desde luego, hay que emplear todos los medios terapéuticos posibles para eliminar o atenuar el sufrimiento. El sentido común nos dice, sin embargo, que hay una diferencia, no de grado sino de

naturaleza, entre la supresión directa de la vida y una terapéutica cuyo fin es evacuar el sufrimiento, y su consecuencia, involuntaria, la disminución de las fuerzas vitales. El cristiano se prohibirá, pues, acortar deliberadamente la vida de los moribundos, de los ancianos o de los disminuidos mentales. Pero no se sentirá obligado a prolongar, por empecinamiento terapéutico, la vida de un enfermo condenado por la ciencia, sobre todo si esta vida no es más que vegetativa.

El aborto es un acto moralmente grave

La palabra aborto no deja indiferente a nadie: como la muerte, como el amor, y porque concierne a la muerte y al amor. Y porque concierne a la libertad personal. De un lado, los que militan en favor de la emancipación de la mujer sobrevalorizan el problema, como si habría que identificar la libertad con la libertad de abortar.

Es conocido el slogan: «Mi vientre me pertenece». Se argumenta también a base de que el embrión no es realmente un ser humano, sino «una parte de la mujer», y de que solamente el estado civil otorga al individuo la calidad de «persona».

De otra parte, hay hombres y mujeres de convicciones varias, católicos, protestantes y ortodoxos, que consideran el aborto como un acto moralmente muy grave, lo contrario de un acto medicinal banal. Siempre es un drama. «Deja trazas indelebles en la vida de una mujer: tener que escoger entre la muerte y la vida de un ser humano» (Obispos de Francia).

«No es necesario ser miembro de una Iglesia para considerar sagrada, y esto desde su concepción, la vida de un ser humano inocente» (Dr. Ivaldy, agnóstico –citado por Rey-Mermet, Pour une redécouverte de la morale [Droguet-Ardant 1985] p. 273).

Para el cristiano, el ser humano existe desde la concepción como persona en devenir. La ciencia subraya que en el embrión normal, desde la fusión de las células parentales, el programa genético del individuo está ya constituido. La verdadera libertad a reivindicar es, por tanto, la de una existencia potencial. Pero sería una hipocresía y, por ende, nada cristiano limitarse a decir: No abortarás. El cristiano debe preguntarse sobre qué hace por una mujer en apuros.

Una situación tan grave invita a los jóvenes a prepararse para una paternidad y para una maternidad responsables, para vivir una sexualidad responsable.

El cristiano es favorable a la abolición de la pena de muerte

Y ¿la pena de muerte? Ha sido abolida en numerosísimos países. Ante el recrudecimiento de la violencia asesina, algunos se preguntan todavía sobre las buenas razones de esta abolición. Los cristianos responsables se han posicionado en favor de la abolición, apoyándose en el Evangelio. Ciertamente, es

preciso que la sociedad se proteja. Pero la justicia humana es limitada: Dios sólo es capaz de juzgar en verdad. Un cristiano, a ejemplo de Jesús, debe dar testimonio de un amor misericordioso. No puede considerar normal proteger la vida de unos, suprimiendo la de un criminal. Defender la vida no es sólo luchar contra la eutanasia y el aborto: es también luchar por la vida en todo el recorrido del ser humano. Es luchar al mismo tiempo contra todo lo que impulsa a la delincuencia.

Sin embargo, no sería cristiano considerar a un culpable, para excusarle de su culpabilidad, como mera víctima de la sociedad o como un pobre enfermo que cuidar: bien pronto llegaría a ser una persona privada de todos los derechos y responsabilidades. Desde que el Hijo de Dios se hizo hombre, Jesucristo se perfila en el rostro de todo hombre, sea cual sea la gravedad de su pecado, y es El quien le llama a la salvación.

*La legítima
defensa personal
y comunitaria es
siempre
excepcional*

La legítima defensa es la única excepción que permite tomar el riesgo de lesionar e incluso de matar. ¿De qué se trata exactamente? De hacer frente a una violencia presente, individual o colectiva, que es imposible rechazar con ningún otro medio llamado no-violento, diálogo, arbitraje, negociaciones, etc. Dejar que se desencadene esta violencia es aceptar la propia muerte o la muerte de una mujer y de los hijos de que se es responsable, renunciar a la libertad fundamental para sí o para los suyos. No defenderse es entonces dar objetivamente razón a la violencia injustificada y criminal. El Pastor alemán Dietrich Bonhoeffer, campeón de la no violencia hacia 1930, acabó siendo cómplice del atentado contra Hitler: «Cuando un asesino circula por la calle y mata inocentes, es, en este caso, una forma de amor que uno se debe a sí mismo y a aquellos cuya vida está en peligro. Entre la vida del injusto agresor y la mía, la opción por mi vida es legítima. Sin embargo, los límites de la legítima defensa prohíben matar cuando hay otro medio disponible para neutralizar al agresor. En semejante trance, el riesgo de dejarse llevar por el instinto de sobrevivir o el sentimiento de venganza puede inducir más allá de lo necesario para repeler la agresión. La vida del agresor merece ser también respetada: mejor es hacer un prisionero que una víctima.

El principio de la legítima defensa es moralmente aceptable en el caso de la resistencia a una guerra de agresión. Si el cristiano debe siempre denunciar con vigor las guerras ofensivas emprendidas por la sed de riquezas o el deseo de dominación, la participación en la defensa militar puede serle impuesta. Porque la caridad le obliga a tomar el partido de quienes es responsable, en el caso, del conjunto de sus

compatriotas, y que están gravemente amenazados en su libertad, incluso en su existencia. Debe poner en obra todo lo que es necesario para defenderlos eficazmente. Si bastan los medios no-violentos, debe obligatoriamente privilegiarlos. Pero si no bastan y si el cristiano se atrinchera demasiado fácilmente tras el principio de la no-violencia absoluta, puede incurrir en una grave falta de omisión.

Según el Evangelio, absoluto es el principio de la caridad, pero para salvaguardarlo es con frecuencia necesario el combate en diferentes formas físicas y morales.

*Los riesgos de la
«guerra justa»*

Hasta la aparición de las armas atómicas con la perspectiva de la internacionalización –hasta se habla, con razón, de «planetarización»– de los conflictos, la Iglesia enseñaba la doctrina clásica de la «guerra justa»: aplicaba aquí el principio de la legítima defensa, que acabamos de enunciar. Hoy, la argumentación no es tan simple, porque, con la utilización de las armas nucleares, aun la guerra defensiva más legítima podría acarrear la aniquilación de una gran parte de la humanidad. Por eso, expertos y teólogos se afanan para que la Iglesia pueda, en este grave problema, proponer una reflexión, una línea de conducta y la palabra más adecuada y justa posible.

Textos bíblicos

35. Caín, el primer asesino

«Pasó algún tiempo, y Caín hizo a Yahvé una oblación de los frutos del suelo. También Abel hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño, y de la grasa de los mismos. Yahvé miró propicio a Abel y su oblación, mas no miró propicio a Caín y su oblación, por lo cual se irritó Caín en gran manera y se abatió su rostro. Yahvé dijo a Caín: '¿Por qué andas irritado, y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien podrás alzarlo? Mas, si no obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar. Caín dijo a su hermano Abel: 'Vamos fuera'. Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel y lo mató. Yahvé dijo a Caín: '¿Dónde está tu hermano?'. Contestó: 'No sé. ¿Soy acaso el guarda de mi hermano?'. Replicó Yahvé: '¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano aclamar a mí desde el suelo'» (Génesis 4, 3-10).

36. David, amigo de Dios, mata por un amor prohibido

«A la vuelta del año, al tiempo que los reyes salen a campaña, envió David a Joab con sus veteranos y todo Israel. Derrotaron a los ammonitas y pusieron sitio a Rabbá, mientras David se quedó en Jerusalén. Un atardecer se levantó David de su lecho y se paseaba por el terrado de la casa del rey cuando vio desde lo alto del terrado a una mujer que se estaba bañando. Era una mujer muy hermosa. Mandó David a preguntar por la mujer y le dijeron: 'Es Betsabé, hija de Eliam, mujer de Urías el hitita'. David envió gente que le trajese; llegó ella donde David y él se acostó con ella, cuando acababa de purificarse de sus reglas. Y ella se volvió a su casa. La mujer quedó embarazada y envió a decir a David: 'Estoy encinta'. David mandó a decir a Joab: «Envíame a Urías el hitita'. Joab envió a Urías adonde David. Llegó Urías donde él y David le preguntó por Joab, y por el ejército y por la marcha de la guerra. Y dijo David a Urías: 'Baja a tu casa y lava tus pies'. Salió Urías de la casa del rey, seguido de un obsequio de la mesa real, y se acostó a la entrada de su señor, y no bajó a su casa. Avisaron a David: 'Urías no ha bajado a su casa'. Preguntó David a Urías: '¿No vienes de un viaje? ¿Por qué no has bajado a tu casa?'. Urías respondió a David: 'El arca, Israel y Judá habitan en tiendas; Joab, mi señor y los siervos de mi señor acampan en el suelo ¿y voy a entrar yo en mi casa para comer y beber y acostarme con mi mujer? ¡Por tu vida y la vida de tu alma, no haré tal!'. Entonces David dijo a Urías: 'Quédate hoy también y mañana te despediré'. Se quedó Urías aquel día en Jerusalén y al día siguiente le invitó David a comer con él y le hizo beber hasta emborracharle. Por la tarde salió para acostarse en el lecho, con la guardia de su señor, pero no bajó a su casa. A la mañana siguiente escribió David una carta a Joab y se la envió por medio de Urías. En la carta había escrito: 'Poned a Urías frente a lo más reñido de la batalla y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera. Estaba Joab asediando la ciudad y colocó a Urías en el sitio en que sabía que estaban los hombres más valientes. Los hombres de la ciudad hicieron una salida y atacaron a Joab; cayeron algunos del ejército de entre los veteranos de David; y murió también Urías el hitita».

«Supo la mujer de Urías que había muerto Urías su marido e hizo duelo por su señor. Pasado el luto, David envió por ella y la recibió en su casa haciéndola su mujer. Pero aquella acción que David había hecho desagradó a Yahwé» (2 Samuel 11, 1-15, 26-27).

37. Jesús conoció un mundo de violencia: Matanza de los niños

«Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: 'Un clamor se ha oído en Ramá, llanto y lamento grande; es Raquel que llora a sus hijos, y no se quiere consolar, pues ya no existen'» (Mateo 2, 16-18).

Bautista

«Herodes había prendido a Juan, le había encadenado y puesto en prisión, por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo. Porque Juan le decía: 'No te está permitido tenerla'. Y aunque quería quitarle la vida, temía a la gente, porque le tenían por profeta. Mas llegado el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio de todos gustando tanto a Herodes, que éste le prometió bajo juramento darle lo que le pidiese. Ella, instigada por su madre, 'dame aquí, dijo, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista'. Entristecióse el rey, pero, a causa del juramento y de los comensales, ordenó que se le diese, y envió a decapitar a Juan en la prisión. Su cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la muchacha, la cual se la llevó a su madre» (Mateo 14, 3-11).

Jesús va a la raíz de la violencia asesina

«Habéis oído que se dijo a los antiguos: 'No matarás'; y aquel que mate, será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano 'imbécil', será reo ante el Sanedrín; y el que le llame 'renegado, será reo de la gehena de fuego'» (Mateo 5, 21-22).

40. Dios es quien hace justicia

«No tomando la justicia por vuestra mano, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: 'Mía es la venganza; yo daré el pago merecido', dice el Señor» (Epístola a los Romanos, 12, 19).

41. El amor concreto y activo de los hijos de Dios

«En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano. Pues este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que, siendo del Maligno, mató a su hermano. Y ¿por qué le mató? Porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran justas. No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si alguno posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad, y le

cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en el amor de Dios?

¿cómo podemos

según 1 Ep

8.

**Amar al otro en la
justicia**

El llamamiento a la justicia es universal. Pero ¿a qué justicia? El sentido cristiano de la justicia brota de un amor auténtico de los otros y de su prueba en lo concreto. Se realiza en el respeto del bien legítimo de cada uno, pero también en la búsqueda de una sociedad cada vez más justa y de un mundo cada vez más solidario, dando una dimensión universal a la palabra solidaridad.

¡La justicia! Pero ¿qué justicia?

Uno de los rasgos dominantes de la mentalidad de nuestra época es la aspiración a la justicia. En su nombre se sublevan las masas modernas.

Pero ¿de qué justicia se trata?

La justicia a que el hombre aspira espontáneamente ¿es la verdadera justicia querida por Dios?

Un análisis en profundidad de esta poderosa aspiración hace ver a menudo su carácter negativo: no tanto se desea una *forma de relaciones humanas en que cada uno sea justo, es decir sepa situarse justamente respecto a los demás, cuanto un orden de cosas que impide lo que se resiente como una desigualdad*: es la *justicia-reivindicación*, nutrida por pulsiones todavía instintivas, muy egoístas incluso cuando se expresan colectivamente: ¡Para cuántas personas la justicia se reduce a no ver sino las desventajas que sufren, personalmente o a través de colectividades y en función de ideologías con las que se identifican!

La parábola del Amo de la Viña es un ejemplo ilustrativo de esta *justicia-reivindicación*. La tomo al sesgo, porque la intención de Jesús no fue probablemente dar una enseñanza sobre la justicia o el salario justo, sino sobre la magnanimidad de nuestro Padre del Cielo, que hace el don de su gracia a quien quiere y cuando quiere. Ante su bondad sin límites, nuestra reacción espontánea es la de los obreros de la primera hora; el instinto de posesión engendra la celotipia. El Amo de la Viña ha reclutado obreros a diferentes horas del día; cuando los de la primera hora ven que sus compañeros, ajustados en la última hora, reciben el mismo salario que ellos, claman injusticia. Y, sin embargo, reciben un salario justo, desde luego el convenido y que les permite vivir. ¡Había motivos para sentirse dichosos! Pero no, no son suficientemente generosos para comprender la magnanimidad

del amo-viñador, que sobrepasa su mentalidad igualitarista del salario, para tomar en cuenta la necesidad real de los hombres (Mt 19, 30-20, 16).

La virtud de la justicia no surge sino al término de una lenta purificación

El sentido espontáneo de la justicia está a menudo muy alejado de la «*justicia-virtud*», que supone una profunda conversión del corazón: ésta no existe sino donde las pulsiones inmediatas y todavía egoístas están orientadas, dominadas, sublimadas.

Un largo trabajo de reflexión, de depuración, de ahondamiento de la experiencia humana de la justicia, armonizada con la fuerza, la prudencia y la templanza, llevó a los estoicos a una de las principales virtudes del hombre moral.

La justicia cristiana: uno de los frutos del amor

Los cristianos asumen el legado moral de lo que había de mejor en el mundo greco-latino, pero aportando desde su propia tradición un rasgo totalmente nuevo y original: religaron la justicia con el amor y con el don, tal cual lo percibieron en Dios mismo.

La virtud cristiana de la justicia tiene su venero en el amor y se despliega en el amor. Reducida a sí misma, la justicia resulta rápidamente insuficiente. Ella, sola, puede incluso desviar. Es lo que recordaba poco ha Juan Pablo II: «En el nombre de una presunta justicia (por ejemplo, histórica o de clase) se anonada a veces al prójimo, se le mata, se le despoja de los derechos humanos más elementales» (Enc. «Rico en misericordia», n.º 7).

El amor cristiano rebasa la justicia, porque no se contenta con *distribuir las cosas*, con organizar *materialmente* las relaciones humanas: requiere el don de la persona. Tiende así la mano a la justicia para hacerla progresar hacia una verdadera comunidad marcada por la generosidad.

Con su época, el cristiano reconoce el valor de la exigencia de justicia, a veces olvidada en nombre de una caricatura de la caridad. Pero recuerda que la justicia no podrá ser más que una expresión de la verdadera «caridad», amor sincero y desinteresado del otro.

La sociedad justa, a la que aspiramos, no puede ser sino el fruto de hombres y de mujeres profundamente justos. Tenemos que luchar por la justicia social, como lo recuerda Juan Pablo II después de tantos predecesores suyos. Pero luchar por la justicia no es sólo *reivindicarla*. Es hacer que llegue a donde nosotros somos los amos, es decir, aprendiendo a abrirnos a nuestros hermanos.

El primer deber de justicia: el respeto de los bienes ajenos y la honradez con personas y colectividades

Antes de pretender cambiar el mundo, esta justicia comienza modestamente por exigir el respeto del prójimo en su bienestar personal y en sus justas posesiones.

No robarás

El octavo mandamiento del Decálogo (Ex 20, 15) es bien conocido; «No robarás». Hoy se piensa ante todo que prohibía el rapto de las personas, su reducción a la esclavitud, y que traducía, en consecuencia, la voluntad divina de suscitar una humanidad *libre*. Su exigencia sigue siendo acuciante en nuestra época de rehenes políticos y de secuestros crapulosos. La condenación categórica de la supresión injusta de la libertad física del otro (Lv 19, 13; Ex 21, 16) es más válida que nunca. Ningún bien presuntamente superior puede justificarla.

Pero el mandamiento recae también sobre los bienes: de las personas y de las colectividades, cosa que hay que recordar en un tiempo en que se cree justificado el robo en los almacenes anónimos, en las bibliotecas, el colarse en los transportes, el coger material en las fábricas, en las oficinas, en las obras; en que se multiplican los timos, los abusos de los bienes sociales, los tráfico de todo género. ¡Cuántas veces se presume de buena conciencia, pretendiendo corregir la injusticia de este modo o calificando el robo de simple «apropiación»!

Jesús adopta la ley mosaica sobre la honradez

Jesús no transigió con la honradez. En este dominio particular de la justicia vige lo que exige de una manera general. No se trata de contentarse con respetar el «código», sometiéndose a la letra de la ley: «Si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 5, 20). Se trata profundamente de querer el bien del otro.

Para él, la conversión a la justicia supone la reparación del mal causado. Es lo que espera de Zaqueo, el recaudador de impuestos que abusa de su función para extorsionar el dinero de los demás. Cuando Zaqueo le declara: «Señor, doy a los pobres la mitad de mis bienes y, si he perjudicado a alguien, le devolveré el cuádruple», le responde: «La salvación ha llegado a esta casa» (Lc 19, 1-10).

Jesús no habla del «derecho de propiedad». Pero condena con una ironía mordaz a los que reconoce la habilidad de apropiarse de los bienes de otro. Considera natural y legíti-

mo que el hombre posea bienes, disponga de ellos, los utilice para trabajar y aun para hacerlos fructificar (Lc 19, 11; Mt 20, 15).

El derecho de propiedad en la perspectiva cristiana: su valor y su relatividad

La tradición cristiana, en cambio, se ocupó del «derecho de propiedad», que afirmaban los legistas romanos. No lo sacralizó como éstos, o como lo hizo la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789: «La propiedad, siendo inviolable y sagrada...» (Art. 17). Pero afirmó su sentido humano y, por tanto, su valor, relacionado con la vida, la libertad, la responsabilidad.

Relación con la vida: Un mínimo de bienes personales es indispensable para la sobrevivencia de la persona y, más allá del individuo, para la sobrevivencia de la familia: «Dale tu patrimonio y le darás la vida. Quítaselo y será su muerte», dice admirablemente un proverbio etíope.

Relación con la libertad: ¿Qué sería de la libertad real del que estuviera siempre bajo la dependencia inmediata de otros, no poseyendo los haberes necesarios y suficientes? ¿Se vería obligado a «venderse» sin condiciones para sobrevivir, él y su familia!

Relación con la responsabilidad: Para ejercer eficazmente la propia responsabilidad y el propio dinamismo, el hombre tiene necesidad de un campo personal, de un dominio de ejercicio, de un espacio de desenvolvimiento que garantice su autonomía y su libertad de opción y de creación. Tolstoi, considerado sin embargo como un precursor del socialismo, escribía: «El derecho de propiedad es inherente a la naturaleza humana. Sin derecho de propiedad no habría interés ninguno en cultivar la tierra. Abolidlo y volveremos al estado salvaje». Y por esta razón, contra las teorías de Proudhon o de Marx, la Iglesia ha rehusado siempre considerar sistemáticamente malo el derecho de propiedad, incluidos los instrumentos de producción (presta a denunciar sus abusos siempre posibles, oponiéndose así al liberalismo desencadenado por cierto capitalismo).

El derecho de propiedad no se justifica sino en relación con el bien común

El derecho de propiedad vale, no sólo para algunos, sino para todos los hombres (lo que plantea evidentemente el problema muy complejo de su ordenamiento). Fue reconocido en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (ONU, 10 de diciembre de 1948): «Toda persona, tanto solá como en colectividad, tiene el derecho a la propiedad. Nadie puede ser privado arbitrariamente de su propiedad».

La originalidad de la Iglesia está en proseguir diciendo sí al derecho de propiedad, pero a condición de que esté también al servicio de toda la comunidad humana. El Concilio Vaticano II recuerda esta doctrina tradicional, que dimana

de la visión cristiana de la relación generosa que todos están llamados a tener con sus hermanos: «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad... Sean las que sean las formas de la propiedad, adaptadas a las instituciones legítimas de los pueblos según las circunstancias diversas y variables, jamás debe perderse de vista este destino universal de los bienes. Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás» (Gaudium et Spes 69).

Propiedad privada y bien común: un equilibrio difícil que toma formas relativas

Es la paradoja aparente del pensamiento cristiano, que, de un lado, afirma el derecho natural e individual de la propiedad y, de otro, el uso común de los bienes poseídos. ¿Cómo conciliar estas dos exigencias? Es aquí donde hay que tomar en cuenta las condiciones sociales y económicas. Según las circunstancias históricas, la exigencia cristiana puede traducirse tanto en la distribución del plus como en la inversión y en la ayuda al desarrollo, o en la acción sobre las estructuras: transformación del derecho, del funcionamiento económico y, por tanto, político de una sociedad...

De hecho, habrá siempre una tensión entre las dos exigencias. Pero será una tensión creadora, porque empujará a buscar fórmulas de gestión cada vez mejor adaptadas al objetivo final: la «comensalidad» humana, vivir juntos en el respeto mutuo y el amor.

Pero queda ya en claro que el respeto de la propiedad ajena, el «No robarás» de los mandamientos, supone una reflexión sobre las «estructuras» que ordenan las relaciones humanas y el reparto de los bienes disponibles en el mundo.

Hacia una sociedad más justa

La exigencia de justicia social en la Biblia

Abramos la Biblia. Contrariamente a lo que piensan buen número de no-cristianos, y aun ciertos cristianos para quienes no hay nada que esperar de la Iglesia en materia social, la palabra de Dios toca vivamente estas cuestiones, porque la solidaridad y la fraternidad están en el corazón de la Revelación.

La tradición es antigua: se funda en la alianza con un Dios, único dueño de la tierra, pero que la confía a sus hijos.

sin que ninguno pueda pretender acapararla para sí solo (cf. por ej., el episodio de la viña de Nabot, en 1 Re 21), y se afirma con fuerza en los profetas, en particular Amós, que con una violencia sin par clama contra la injusticia social camuflada bajo la apariencia de religión.

Ricos y pobres: Jesús los llama a todos a hermanar y a compartir

Jesús no hace análisis económicos o políticos. Pero las realidades de este orden están constantemente presentes en su pensamiento, y en función de ellas anuncia la novedad del Reino. Hay, a sus ojos, «ricos» encerrados en sus haberes, incapaces de abrirse al don y al amor total (por ejemplo, «el joven rico», al que llamó a seguirle y que «se marchó triste, porque poseía muchos bienes», Mc 10, 22): «¡Qué difícil será a los que tienen riquezas entrar en el Reino de Dios!», dice a propósito de los que así se encierran en sus posesiones (Mc 10, 23). Y están los «pobres» que pueden ser más generosos que los ricos, como la viuda cuyo gesto alaba, porque ha dado de su «indigencia» (Mc 12, 44), y todos los pequeños cuyo partido toma evidentemente, llamándoles a entrar en el mundo nuevo del compartir.

Jesús no se presenta como un reformador social o político, que aporta soluciones concretas para hacer más justa la sociedad. No obstante, propone un «modelo de sociedad» mucho más radicalmente revolucionario que todos los propuestos por los técnicos o los ideólogos de todos los tiempos, puesto que se basa en una transformación profunda de las relaciones entre los hombres. Y la atención concreta que presta a todos los marginados de este mundo, es una llamada a traducir a través de más justicia social la fraternidad que quiere suscitar.

La Iglesia sitúa su reflexión sobre la justicia en la línea del llamamiento de Jesús

La fidelidad a su evangelio es, pues, la razón de que sus discípulos, los de ayer y los de hoy, desarrollaran toda una tradición de reflexión sobre las grandes orientaciones de la sociedad.

Desde san Pablo, en su epístola a Filemón donde trata del problema de la esclavitud, desde Santiago en su Epístola católica (en que Santiago dirige vehementes reproches a los ricos a causa de sus injusticias) hasta los cristianos de nuestro tiempo comprometidos en los movimientos socio-económicos, pasando por los primeros Padres de la Iglesia, la reflexión sobre este punto jamás ha faltado completamente, aunque en ciertos períodos pudo debilitarse.

De san Ambrosio a santo Tomás y a Pablo VI: una continuidad de doctrina

Escuchemos a un san Ambrosio, antiguo prefecto de Milán, que llegó a ser obispo en el siglo IV: «No son bienes tuyos los que tu largueza da al pobre: le devuelves lo que le pertenece. Porque lo que ha sido dado en común para el uso de todos es lo que te arrogas. La tierra fue dada a todo el mundo, y no solamente a los ricos». Comentando este pasaje

en la encíclica «Desarrollo de los pueblos», Pablo VI declara: «Nadie está fundado para reservar a su uso exclusivo lo que sobrepasa su necesidad cuando los demás carecen de lo necesario».

En el siglo XIII encontramos en Tomás de Aquino, el gran teólogo de la época, unos desarrollos de grandísima profundidad sobre la justicia. Su reflexión sobre la propiedad, que ha venido a ser doctrina base del cristianismo social, recuerda a su vez que los bienes de la tierra están destinados al conjunto de la humanidad.

La doctrina social de la iglesia

La doctrina social de la Iglesia: un proyecto de sociedad humana

La tradición cristiana ha desembocado en lo que se llama la «doctrina social de la Iglesia». Sin duda, se ha podido criticar esta expresión, en la medida en que se presta a entender que la Iglesia dispone de la competencia técnica, económica o política necesaria para ordenar la sociedad. Conserva, no obstante, su valor si se quiere afirmar que la Iglesia es capaz de orientar un proyecto de sociedad en función de valores fundamentales.

Incumbe además a aquellos de sus miembros, que tienen la competencia necesaria, tomar sus responsabilidades personales en este ordenamiento.

Recordemos algunas etapas importantes de la oficialización de esta doctrina por la jerarquía católica.

Las encíclicas papales, expresión de la reflexión de la Iglesia

A fines del siglo XIX, a raíz de la revolución industrial de la sociedad occidental, León XIII publica una encíclica, «Rerum novarum», «Realidades nuevas», sobre la condición de los trabajadores: «Los trabajadores aislados y sin defensa se han visto, con el tiempo, entregados a merced de amos inhumanos y de la codicia de una concurrencia desenfrenada». Prosigue defendiendo, de un lado, el derecho a la propiedad personal y, de otro, y más fuertemente todavía, el derecho del trabajador a un salario justo: «Es un crimen que clama venganza al cielo frustrarle el precio justo de sus labores». Y reclama para los trabajadores el derecho de asociación profesional y sindical.

Cuarenta años después, en 1931, Pío XI publica su encíclica social «Quadragesimo anno» y, en 1937, «Mit berennender Sorge». Frente a todos los totalitarismos, sean comunistas o nacional-socialistas, proclama los derechos superiores de la persona humana.

En 1963, en la encíclica «Pacem in terris», «Paz en la tierra», Juan XXIII hace de los derechos humanos un *nuevo punto de partida de la enseñanza social cristiana*. Recuerda:

Los derechos que la Iglesia recuerda

– El derecho a los bienes materiales que condicionan la vida: la integridad física, los medios necesarios para una existencia decorosa (alimentación, vestido, hábitat, reposo, cuidados médicos, servicios sociales).

– El derecho a los bienes morales: la buena reputación, la libertad en la búsqueda de la verdad y en materia religiosa, la cultura, la instrucción, la elección del estado de vida.

(El derecho a la libertad religiosa es una idea contemporánea, salida de diversas corrientes de pensamiento, y en que la Iglesia ha reconocido una pieza maestra, largo tiempo ignorada, de su teología y del derecho natural).

– El derecho a los bienes sociales: el trabajo y las condiciones de trabajo dignas del hombre, la iniciativa en el dominio económico, la propiedad privada de los bienes, la comunicación y la participación. El reconocimiento de estos últimos puntos, poco considerados anteriormente, es un elemento importante, porque el hombre privado de comunicación y de participación queda excluido de la plenitud humana.

– Los derechos cívicos: participación en la vida política, protección jurídica...

No hay derechos sin deberes

Pero si se habla de derechos, hay que hablar también de deberes: «Los que en la reivindicación de sus derechos olvidan sus deberes o no los cumplen sino imperfectamente arriesgan demoler con una mano lo que construyen con la otra (*Pacem in Terris* n.º 30).

En el curso de todos sus viajes, Juan Pablo II no cesa de volver a todos estos puntos. Insiste en particular:

– sobre el derecho a la libertad religiosa, tan gravemente violada por los diversos regímenes totalitarios. Estas violaciones son «una injusticia radical, afectando a lo que es particularmente íntimo al hombre»;

– el derecho a la libre asociación de los trabajadores, necesario para el mantenimiento de la dignidad humana y para la salvaguardia de sus condiciones: salario, empleo, condiciones de trabajo (el papa ha pensado, sin duda más de una vez, en la lucha trabada en Polonia por el sindicato *Solidaridad*);

– el derecho a la vida, a recordar siempre en nuestro tiempo de hambres, campos de concentración, escuadrones de la muerte, terrorismos y asesinatos;

– el derecho (en realidad, se trata incluso de un deber imperioso que se impone a todos los responsables de tales

situaciones), recordado en las «favellas» de América Latina, a salir de la miseria: concierne a capas inmensas de población rural o urbana a lo largo y ancho del mundo.

Necesidad de buscar un orden colectivo

Pero es preciso ir más lejos, estableciendo las estructuras necesarias para todo esto: «Todos y cada uno están llamados a cooperar generosamente en el advenimiento de un orden colectivo que satisfaga cada vez con mayor rapidez los derechos y las obligaciones» (Ibídem n.º 31).

Problemas económicos y sociales son objeto constante de llamamientos por parte de los episcopados nacionales. El Episcopado americano ha publicado una carta sobre las relaciones de la ética y de la economía y ha suscitado con ella vivas reacciones en los medios afectados. El Consejo permanente del Episcopado francés ha tratado de desgajar lo que deberían ser en nuestra época «los nuevos modos de vida», suscitando contestaciones, pero también una nueva reflexión.

Opciones morales y compromisos prácticos

Opción de sociedad y problemas económicos o políticos: más allá de las opciones morales, necesidad de una competencia

Todos estos posicionamientos no van, sin embargo, sin plantear cuestiones difíciles. En cuanto se trata de concretar las opciones de fondo, de orden moral, ¿no se corre el riesgo de absolutizar opciones prácticas esencialmente criticables? La economía, la política, las realidades psico-sociales no se regulan solamente en función de la opción de valores: suponen conocimientos técnicos siempre provisorios y relativos.

Aquí, la Iglesia como tal debe reconocer sus límites y remitir a los cristianos a su deber de adquirir las competencias necesarias para todo juicio y para toda acción práctica.

Aquí evocaremos lo que ha sido la investigación, modelo en su género, de un cristiano solícito en proporcionar instrumentos de pensamiento y de acción para conjuntar un proyecto de sociedad y los imperativos técnicos.

Un ejemplo de cristiano que ha afrontado los problemas: el Padre Lebrez y «Economie et humanisme» [Economía y Humanismo]

J. L. Lebrez nació cerca de Saint-Malo en 1897. Joven y brillante oficial de marina, la abandonó para hacerse religioso dominico. La crisis económica de 1929 le llevó a concienciarse de la miseria de los pequeños pescadores de la costa bretona. Su actividad fue en el comienzo puramente apostólica: participó en la creación de la Juventud Marítima Cristiana, contribuyendo así a formar militantes cristianos en el medio ambiente de la pesca. Pero se percató de la necesidad de concretar las opciones de base. Ayudó a la profesión a

organizarse gracias a la creación de un sindicato: «Una acción concertada de fabricantes, pescaderos y pescadores es la condición de la sobrevivencia o de la muerte de las familias», repetía Le Bret. Luego, descubriendo la importancia de las fuerzas económicas globales, proclamó que «la moral social es primero estructural». Elaboró entonces un método de análisis y reflexión que bautizó «Economía y Humanismo»: tenía en cuenta a la vez el hecho económico y el hecho humano. Lanzó ideas que desde entonces han hecho su camino: la del desarrollo regional opuesto a la centralización ruinosa, la del desarrollo global, habida cuenta de la totalidad del hombre. Pionero de la solidaridad internacional y de la lucha en favor del Tercer Mundo, defensor antes de la letra de una nueva economía mundial, participó en el plan de desarrollo de varios países. Experto escuchado en el Concilio Vaticano II, ayudó, antes de morir, a Pablo VI a redactar su encíclica sobre el «Desarrollo de los pueblos». Su aportación fue hacer ver a muchos cristianos de buena voluntad la necesidad de sobrepasar una doctrina puramente social, para afrontar los difíciles problemas de la economía. Pero enseñó a una pléyada de economistas a tener en cuenta al hombre visto en su globalidad material y espiritual.

Una inmensa tarea: construir un mundo más justo

Los retos del mundo moderno no se resolverán en mero progreso material

La tarea a realizar es más urgente que nunca, en un mundo en que los problemas se multiplican y en que las contradicciones se exasperan.

Los llamados países desarrollados (materialmente) están sumidos en una nueva crisis económica (y moral) de graves repercusiones: aparición de nuevas pobrezas, aumento del paro. Los llamados países en vías de desarrollo se estancan y aun retroceden. Los conflictos políticos bloquean el diálogo «Norte-Sur», de los países ricos y de los países pobres. Las ideologías político-sociales manifiestan su importancia para cambiar el mundo.

¿Cómo se ha llegado a esto?

Las desilusiones del economismo

Se imaginó que el desarrollo material, apoyado en la industrialización, permitiría satisfacer las *necesidades esenciales* de toda la humanidad. La producción de masa abriría el camino al consumo de la masa. La rareza de bienes se superaría, pues las técnicas permitirían obtenerlo todo: cinco

quintales de trigo por hectárea en tierras hasta ahora incultivables, por ejemplo.

Pero lo que se constata es la generalización de una pobreza de masas: según una reciente relación de la Banca Mundial, 800 millones de seres humanos viven por debajo del umbral de la pobreza absoluta, es decir, con una renta diaria de menos de 18 pesetas.

Ante esta situación intolerable, los países ricos han aportado una ayuda de millares de millones de dólares, pública o privada (*ayuda a la que han contribuido en buena parte los cristianos*). Han enviado auxiliares técnicos.

Se creyó, se cree todavía que la reducción de la población por medios artificiales resolverá los problemas transformando una demografía inquietante (bien pronto seis mil millones de seres humanos, con los gigantescos problemas que esto planteará: alimentación, transporte, hábitat, aglomeraciones monstruosas...). Pero un estudio más circunstanciado muestra que el vertiginoso crecimiento de la población en ciertos países es, a su vez, fruto de la pobreza, no su causa.

Se descubre así la necesidad de revisar el sistema financiero y de intercambios. Pero esto supondría la renuncia a situaciones ventajosas, no solamente de individuos, sino de países enteros, cosa que ningún gobierno podrá lograr fácilmente.

Para imponer la voluntad propia en un mundo en ebullición, se arma y, por implacable lógica, el armamento de unos llama al de otros. ¿Cómo llegar a un acuerdo de desarme progresivo y recíproco entre las grandes potencias, cuando la confianza ya no es posible? Los países ricos gastan fortunas para defenderse, los países pobres se arruinan bajo el presupuesto de la armada.

No hay sociedad justa sin una profunda conversión moral

Es preciso reconocer que la economía no es lo único que está en causa. No es más que un sub-sistema en reacción con otros subsistemas: demográfico, militar, científico y técnico, cultural. Pero el todo depende igualmente de mentalidades profundas, de un sistema de valores.

Las ideologías políticas han creído poder proponer un proyecto global de sociedad. Pero los mismos que más han proclamado su voluntad de compartir y de igualdad, se derrumban bajo las contradicciones generadas por su visión puramente materialista del hombre. Incapaces de dar un sentido a la existencia, se han visto reducidas a apelar a la coacción más violenta en nombre de su falso cienticismo: piénsese en las desilusiones marxistas.

El desarrollo no es sólo material. Pone en causa a todo el hombre, con su *visión espiritual y moral del mundo*.

¿Qué hacer?

No hay soluciones hechas y derechas. Más que nunca es necesario inventar, innovar, pero con un horizonte más amplio que antes, dándose cuenta de que lo primero a provocar es una transformación interior del hombre: ayudar al hombre a descubrirse *solidario* para lo mejor y para lo peor.

Codo a codo con todos los hombres de buena voluntad, los cristianos tienen aquí un papel que desempeñar, porque, para ellos, «familia humana, comunidad de pueblos, cooperación, desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres» son palabras de orden, que se apoyan en su visión del hombre perfecto, Jesucristo, y en su certidumbre de que la humanidad está llamada a confluír en la luz y en la paz.

Sabiendo que la historia tiene un sentido, que los peores fracasos pueden siempre volverse éxitos, tienen que aportar la esperanza al mundo.

Tienen también que actuar: Dios no creó un mundo acabado, del que la humanidad no sería más que el gerente pasivo a la espera de un destino puramente espiritual. Dios se ha asociado seres que, por su brazo, su inteligencia, su imaginación, su amor, tienen que responder a su llamamiento creador, generando desde ahora un mundo que refleje aquí abajo el mundo divino que es su horizonte.

«El mundo comienza», decía Teilhard de Chardin. Todos estamos invitados a generar este mundo.

Textos bíblicos

42. Los bienes de la tierra están destinados fundamentalmente a todos los seres humanos

«El les bendijo y dijo: Multiplicaos, invadid la tierra, dominadla, enseñorearos de todo viviente, el pez en el mar y el ave en el cielo, todo lo que reptaba en la tierra». Dios dijo: «He aquí que os doy en alimento toda la hierba que arroja su semilla a la tierra, y todos los árboles cuyo fruto lleva simiente» (Génesis 1, 28-29).

43. El profeta Isaías denuncia la hipocresía de un culto que no va acompañado de la justicia

«¿Quién ha solicitado de vosotros que llenéis de bestias mis atrios? No sigáis trayendo oblación vana: el humo del incienso me resulta detestable. Novilunio y sábado, convocar reunión... no tolero ayuno ni asamblea festiva. Vuestros novilunios y solemnidades aborrece mi alma: me han resultado un gravamen que me

cuesta llevar. Y al extender vosotros vuestras palmas, me tapo los ojos para no veros. Aunque menudeéis la plegaria, yo no oigo. Vuestras manos están de sangre llenas: lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda» (1 Isaías 1, 12-17).

44. El profeta Amós denuncia la injusticia en nombre de Dios

«Escuchad esto los que pisoteáis al pobre y queréis suprimir los humildes de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el novilunio para poder vender el grano, y el sábado para dar salida al trigo, achicando la medida y aumentando el peso, falsificando balanzas de fraude, comprando por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias para vender hasta las ahechaduras del grano?» (Amós 8, 4-7).

Moisés prohíbe el rapto de personas y el robo

«Quien rapte a una persona –la haya vendido o esté todavía en su poder– morirá. Todo ladrón debe restituir lo robado. Si no tiene con qué, será vendido para restituir su robo. Si lo robado, sea buey, asno u oveja, fuere hallado vivo en su poder, restituirá el doble» (Exodo 21, 26; 22, 2-3).

Para san Pablo, el robo es una falta que excluye del reino de Dios

«¿No sabéis acaso que los injustos no heredarán el Reino de Dios? ¡No os engaños! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios. Y tales fuisteis algunos de vosotros. Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Corintios 6, 9-11).

¡Que el ladrón se convierta!

Y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad. Por tanto, el que robaba, que ya no robe, sino que trabaje con sus manos, haciendo algo útil para que pueda hacer partícipe al que se halle en necesidad» (Efesios 4, 24 y 28).

9.

Amar al otro en la
verdad

Comunicar en toda verdad sería vivir verdaderamente. Los jóvenes aspiran a la verdad en un mundo que pacta con la mentira.

Jesús denunció las actitudes mendaces. Invitó a la veracidad en la vida y en las palabras. Porque la verdad construye las comunidades y la mentira las destruye. Pero hay que saber también ser discreto y guardar los secretos. Nuestras verdades parciales encuentran su plenitud en Aquel que se proclamó «La Verdad», y el cristiano está llamado a darle testimonio.

Se aspira a una comunicación libre, total, en toda verdad

«Para vivir verdaderamente, dice Juan, quisiera poder siempre amar, compartir, comunicar en verdad. El fondo melódico de mi existencia es hablar de todo y de nada con los que amo: ¡conversando aprendemos tanto a conocernos mejor! De tiempo en tiempo tengo la experiencia privilegiada de un encuentro de amistad en que puedo ser totalmente verdadero. Me siento en armonía conmigo mismo, puedo decirme totalmente, mostrarme a cara descubierta. Nada me retiene ya aprisionado. Hablo libremente. Encuentro espontáneamente la traducción justa de mis sentimientos y de mis pensamientos. Las palabras pronunciadas reflejan perfectamente lo que siento dentro de mí. Todo parece simple, neto, luminoso. Nada viene a turbar este clima excepcional de felicidad y de verdad. Y el otro experimenta ese día lo mismo».

Pero el mundo pacta con la mentira

Esta experiencia se da, pero es bastante rara. Sin duda, muchos jóvenes y menos jóvenes dan importancia a la verdad, a la sinceridad, a la autenticidad. pero, en términos generales, el mundo que nos rodea pacta más o menos con la mentira. Se ha podido hablar de una sociedad de «strip-tease», donde las ciencias humanas, como la psicología y el psicoanálisis, impelen a la desnudez total. Pero, paradójicamente, este mundo que se quiere marcado por la franqueza, a veces hasta el cinismo, secreta mentira.

Soljenitsyne ha podido decir de su país, al que ama: «La mentira ha llevado a ser no sólo una categoría moral, sino un pilar del Estado... El simple acto de coraje de un hombre simple es rehusar la mentira». Esto no vale en exclusiva para las dictaduras totalitarias. Demagogia política y puja publicitaria impregnan las democracias occidentales. Lúcido, el cristiano debe ponerse en guardia contra estas formas de propaganda al servicio del dinero o del poder, rebosantes de

desprecio a las personas reducidas a su función de consumidor o de elector. No puede aceptar la mentira «al servicio» de un partido o de un Estado, porque no está más que al servicio de Dios. Ahora bien, Dios es luz.

Dios es luz

«Y este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es Luz, en El no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con El y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos conforme a la verdad. Pero si caminamos en la luz, estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado. Si decimos: 'No tenemos pecado', nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia... Y sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo –lo cual es verdadero en él y en vosotros– pues las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aun en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza» (1 Jn 1, 5-9; 2, 8-10).

El cristiano no puede mentir

«Decid sencillamente 'sí', si es sí; 'no', si es no. Lo que se añade viene del espíritu del Mal» (Mt 5, 37). El cristiano no puede mentir. El episodio de la mentira de Ananías y de Safira, reportado por los Hechos de los Apóstoles, puede parecer sorprendente: su finalidad es subrayar la transparencia necesaria para la verdadera comunidad suscitada por el Espíritu (Act 5, 1-11). Todavía guarda su valor una definición clásica de la mentira: «Mentir es rehusar a alguien una verdad a la que tiene derecho». Evidentemente, este «alguien» podrá ser un grupo.

¡A veces se pisotea la verdad en nombre de la verdad!

Una vieja película presentaba a jóvenes que se daban al «juego de la verdad». Cada uno de ellos tenía derecho a plantear a los otros las cuestiones que quisiera, y revelar así públicamente su vida íntima. Nadie tenía derecho a rehusar la respuesta. ¡Franqueza total! El resultado fue un mundo intolerable, donde cada cual trataba de arrancar los secretos del otro para envilecerlo y tener por dónde agarrarle. Lucha feroz, entablada so pretexto de verdad, pero destructora de las personas reducidas a no aparecer más que bajo sus aspectos más degradantes.

Pues bien, este juego es de todos los días. Basta leer cierta prensa sensacionalista y escandalosa. Si la verdad arrancada no es suficiente, se inventa. Mundo de maledicencia, de calumnia, donde cada uno tiene que estar a la defensiva, fingir, enmascararse. Mundo de apariencias, donde todo es falso, aun la verdad proclamada, que no es ya más que superficialidad.

Verdadera y falsa sinceridad

¡Abajo la hipocresía!, se oye doquier. ¡Cada cual debe decir lo que piensa, sin miedo a herir! ¡La sinceridad libera! Sinceridad bien superficial, que no hace más que desencadenar la reacción epidémica del momento.

Pero ¿quién se toma tiempo para conocer verdaderamente al otro, para comprenderle, para descubrir sus aspiraciones más profundas, las que harían verle como hermano o hermana? Encerrados bajo su caparazón hipersensible, hombres y mujeres se codean solamente como unos extranjeros.

Jesús luchó contra las actitudes mendaces

«Los jóvenes no soportan la hipocresía, están contra todas las formas de hipocresía» (Don Helder Camara). En esto se parecen a Jesús.

¡Con qué vigor luchó contra los gestos formalistas, contra la hipocresía en todas las formas de la mentira! Mateo reporta las palabras firmísimas de Jesús, que no se dirigen sólo a los doctores de la Ley y a los fariseos, sino a todo cristiano amenazado de actitudes mendaces: «Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo: 'En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; van buscando los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente les llame 'Rabbi'. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar 'Rabbi'... ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar...»

– ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!

– ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña e intemperancia! ¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa, para que también por fuera quede limpia!

– ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también, vosotros, por fuera aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.

– ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: ‘Si nosotros hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no habríamos tenido parte con ellos en la sangre de los profetas! (Mateo 23, 1-8; 13, 23-28).

Ser veraz en las palabras

Así pues, los otros tienen necesidad de la verdad de mi vida, de la verdad de mi actitud. Tienen también necesidad de la verdad de mis palabras. El amor necesita la verdad de la palabra: es el signo privilegiado de la comunicación de las mentes humanas, es el puente que religa a los seres entre sí. Decir la verdad es un acto creador de confianza. Si, en griego, decir la verdad es «arrancar de la sombra, quitar el velo de la apariencia», en el lenguaje de la Biblia la noción de verdad indica que puede uno atenerse a la palabra o al comportamiento de alguien, que se puede apoyar en su palabra, que esta palabra es válida y crea un vínculo. La Biblia orienta a mantener la confianza entre las personas.

Al mismo tiempo hay que recordar que la lealdad y la discreción son dos virtudes, en otras palabras dos fuerzas complementarias. Si siempre debe pensarse lo que se dice, no siempre es bueno decir lo que se piensa, ni es siempre lícito decir lo que se sabe. Hay muchas cosas que se deben callar: por ejemplo, en razón del secreto profesional; o sencillamente en razón del carácter confidencial de una conversación. Confidencia, confianza: ¿hay prueba más hermosa de amistad que una confidencia? ¡Y qué mal haría tradicionalarla!

Dar testimonio de la verdad evangélica

Finalmente, todo cristiano auténtico busca la verdad, escucha la verdad, dice la verdad, mantiene la verdad, defiende la verdad. Más todavía: en el seguimiento de Cristo, que se presentó como «el testigo fiel y veraz», todo cristiano está invitado a dar testimonio de la verdad, a comprometerse al servicio de la gran Verdad del Evangelio. «Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad construida sobre una montaña no puede quedar oculta... Que vuestra luz brille a los ojos de los hombres. Que vean el bien que hacéis y que reconozcan así y den gracias a Dios, vuestro Padre» (Mt 5, 14-16).

Irradiar la luz de Jesús

A medida que la fe de un joven deviene adulta, sobrepasando las tientas y los arrebatos del sentimiento religioso, estas palabras deben hacerse realidad en su vida. No hay dos clases de cristianismo donde elegir: uno individualista e íntimo, otro testimonial y apostólico. La vocación común de todos los cristianos es hacer presente el Evangelio con una presencia viva y radiante en medio del mundo. Pues bien, no basta haber oído hablar de Jesucristo, haber comprobado su

mención entre los grandes hombres de la historia, para haberle encontrado realmente. Es preciso que su realidad misteriosa sea captada como la Realidad única y decisiva de la historia, del destino de todos los hombres y de todas las mujeres.

A los creyentes ha sido dado por la fe ser testigos y pregoneros. ¿No están persuadidos de que Jesús es el libertador de los hombres, la alegría y la vida para todo ser humano? Entonces, si verdaderamente aman, tienen que hablar.

Un cuadro de Rouault representa un clown (¿Quién no es un payaso?). Su mirada expectativa cansada se vuelve al rostro luminoso de Jesús. Entonces se produce el milagro de la vida: la tristeza es absorbida por la alegría, las tinieblas por la luz.

Enseñar la verdad

Dos profesiones están particularmente relacionadas con la verdad: la de los profesores y la de los periodistas. Unos y otros, trabajando en la enseñanza, sirven particularmente a la verdad. Los profesores tienen una tarea particularmente noble, pero rebosante de deberes.

Difundir la verdad

Los periodistas y todos los que con ellos colaboran en la prensa, en la radio, en la televisión, son propagadores principales de la verdad. Están al servicio de los hombres y de las mujeres de su tiempo, que tienen derecho a una información, no sólo honrada, sino la más objetiva posible. Su responsabilidad es muy importante, porque la profesión les confiere un poder inmenso sobre sus contemporáneos. Sería de desear que jóvenes cristianos se empeñaran en este mundo del periodismo, para reforzar una ética de servicio cada vez más evangélico.

Textos bíblicos

Desde el origen está presente Satán como engañoso. Es el mentiroso

«La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahwé Dios había hecho. Y dijo a la mujer: ‘¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?’ Respondió la mujer a la serpiente: ‘Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis, ni lo toquéis, so pena de muerte’. Replicó la serpiente a la mujer: ‘De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal’» (Génesis 3, 1-5).

49. El noveno mandamiento del Decálogo destaca claramente la relación con el prójimo

«No darás testimonio falso contra tu prójimo» (Exodo 20, 16).

50. El justo según la Biblia es sincero con Dios y con el prójimo

«Yahwé, ¿quién morará en tu tienda? ¿quién habitará en tu santo monte? Aquel que anda sin tacha, y obra la justicia; que dice la verdad de corazón, y no calumnia con su lengua; que no daña a su hermano, ni hace agravio a su prójimo; con menosprecio mira al réprobo, mas honra a los que temen a Yahwé; que jura en perjuicio y no retracta» (Salmo 15, 1-4).

51. Jesús es luz y verdad

«Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida». Los fariseos le dijeron: «Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no vale». Jesús les respondió: «Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio vale, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy» (Juan 8, 12-14).

52. El cristiano es luz

«Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz del Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien denunciadlas. Ciertamente que ya sólo el mencionar las cosas que hacen ocultamente da vergüenza; pero, al ser denunciadas, manifiestan a la luz. Pues todo lo que queda manifiesto es luz. Eso se dice: 'Despierta tú que duermes, y levántate de entre muertos, y te iluminará Cristo'» (Efesios 5, 8-14).

53. La mentira es destructora de la comunidad

«Un hombre llamado Ananías, de acuerdo con su mujer Safira, vendió una propiedad, y se quedó con una parte del precio, sabiéndolo también su mujer; la otra parte la trajo y la puso a los pies de los apóstoles. Pedro le dijo: «Ananías, ¿cómo es que Satanás llenó tu corazón hasta inducirte a mentir al Espíritu Santo, quedándote con parte del precio del campo? ¿es que mientras lo tenías no era tuyo, y una vez vendido no podías disponer del precio? ¿Por qué determinaste en tu corazón hacer esto? No has mentido a los hombres, sino a Dios». Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y un gran temor se apoderó de cuantos lo oyeron. Se levantaron los jóvenes, le amortajaron y le llevaron a enterrar.

Unas tres horas más tarde entró su mujer que ignoraba lo que había pasado. Pedro le preguntó: «Dime, ¿habéis vendido en tanto el campo?». Ella respondió: «Sí, en eso». Y Pedro le replicó: «¿Cómo os habéis puesto de acuerdo para poner a prueba al Espíritu del Señor? Mira, aquí a la puerta están los pies de los que han enterrado a tu marido; ellos te llevarán a ti». Al instante, ella cayó y expiró. Entrando los jóvenes, la hallaron muerta, y la llevaron a enterrar junto a su marido. Un gran temor se apoderó de toda la Iglesia y de todos cuantos oyeron esto» (Hechos de los Apóstoles 5, 1-11).

10.

Amar a los
allegados

Amar a los padres, a la Iglesia, a la patria, no es necesariamente más fácil que amar al mundo entero. Para el cristiano, el precepto bíblico de honrar padre y madre, de amar la propia comunidad de arraigo, conserva su profundo sentido. Pero hay que comprender primero el amor que debemos a los allegados. La actitud de Jesús sobre este punto es ilustrativa.

Amar a los padres

Honrarás a tu padre y a tu madre

El amor a los padres puede parecer connatural al niño: los padres le parecen absolutos. Los psicólogos constatan que este apego es tan instintivo que el niño malamado o maltratado llega más fácilmente a juzgarse y detestarse que a encausar a sus padres. Pero llega siempre el momento de tomar una distancia y aun de conflictos.

Las inculpaciones se acumulan: los padres reprochan amargamente a sus hijos la falta de reconocimiento, mientras que éstos se quejan de la estrechez mental de sus padres, que quieren imponerles sus maneras de vivir e impedirles ser libres.

Cuando padres e hijos no viven ya en el mismo universo

«Honrar padre y madre» no va de por sí. La situación se torna todavía más difícil, dada la mutación de nuestro mundo. En un universo tradicional, «el anciano» disponía de una riqueza insustituible: la experiencia. Conocía los problemas económicos, sociales, morales, a los que sus hijos tendrían que enfrentarse, y podían ayudarles a preparar el porvenir. En un mundo en que todo cambia, en que el saber técnico de un día es al día siguiente handicap para adaptarse, en que el braceaje social, internacional, cultural, religioso, es la regla, los padres aparecen con frecuencia como sobrepasados y como rémoras del impulso a la vida de las generaciones nuevas. Viviendo en dos universos mentales diferentes, jóvenes y menos jóvenes se ven extraños, a veces hasta en una situación de hostilidad abierta. Vano sería negar el conflicto con aires de ignorar las dificultades. Imposible sería igualmente condenar a priori «a los jóvenes» y a los «viejos». Vale más tratar de comprender el problema y darle una respuesta a la luz de la enseñanza evangélica.

«El hombre dejará a su padre y a su madre»

La sentencia, «el hombre dejará a su padre y a su madre» (Gn 2, 24), fue pronunciada a propósito del matrimonio. Cabe dilatar su aplicación. El niño no es para los padres. Debe progresivamente emprender su vuelo. Está llamado a hacerse mayor y libre. Para los padres es siempre difícil aceptarlo. Instintivamente, hombres y mujeres esperan de su descendencia que responda a sus deseos, que los prolongue realizando sus sueños insatisfechos. Es bastante fácil a los padres amar a sus hijos con un amor «posesivo», pero amarles por ellos mismos, a costa de pasar a segundo plano, es terriblemente doloroso. Esta actitud desinteresada releva, no del instinto paternal o maternal, sino de la auténtica caridad. La parábola del Hijo Pródigo está ahí, para recordarlo (Lc 15, 11).

El genuino amor de los padres

Para los hijos, los padres no pueden ser absolutos. No son dioses. Cuando, despertándose a la razón, descubren los límites, las flaquezas, las faltas de los hasta entonces venerados, la desilusión es penosa, pero necesaria. Y plantarse como absolutos sería sustituir la primera ilusión por otra.

El que en nombre de sus deseos instintivos cree poder renegar sus raíces, peca de orgullo: pretende de algún modo brotar enteramente de sí mismo, en vez de reconocer una existencia que le ha sido dada.

Honar padre y madre no significa, pues, quedarse bajo su dependencia, plegarse siempre a ellos. Quiere decir que a través de ellos se capta la inserción solidaria en una humanidad lanzada a la búsqueda del absoluto, de Dios.

Semejante comportamiento nada tiene que ver con el sentimiento de fusión del pequeño, agazapándose cabe su madre. Es reconocimiento recíproco de sus responsabilidades. Porque, si los padres han hecho nacer al niño y le han permitido crecer, llega el momento en que el niño se hace, a su vez, responsable de sus padres.

No sólo porque, si es necesario, puede mantenerlos materialmente, sino porque, más profundamente, les ayuda a mirar con confianza el porvenir, en vez de crisparse ante un pasado a defender.

La verdadera «familia» de Jesús

El Evangelio es aquí revelador: la «familia» de Jesús, tal como él la presenta, obliga a reflexionar. A los doce años, Jesús se queda en el Templo al fin de una peregrinación y responde a sus padres que le buscan alocados: «¿No sabíais que debía ocuparme de los asuntos de mi Padre?» (Lc 2, 50).

Así, en nombre de su vocación profunda no vacila en apenar a los suyos.

Jesús toma sus distancias respecto a su familia, pero manteniendo su importancia

El es Dios nacido de Dios

Más tarde, asistimos a una escena extraordinaria que desarrollan él y su familia, cuando sus primos pretenden interrumpir su actividad de profeta. Su respuesta restalla: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? El que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre». Afirma, pues, su propia libertad y proclama que en la vida humana hay valores que pueden ser más importantes que los de la familia, de la tradición y de la autoridad. Pero Jesús sabe también reconocer la importancia de su familia: en la cruz no olvida confiar su madre, a la que tanto quería, a su discípulo más dilecto. Y fustigará a los fariseos que se dispensaban del deber de asistir a sus padres por ofrendas hechas al Templo.

La idea que Cristo tiene de la familia, sus exigencias al respecto, vienen de su participación en la vida divina, porque de la paternidad de Dios «toma nombre toda paternidad (o maternidad)» (Ef 3, 14). «Dios nacido de Dios»: Cristo se afirma igual al Padre. Reconociéndolo con plena libertad como «fuente», «honrándolo» como tal, responde al don con su propio don. Entonces, de uno y de otro procede el Espíritu. Tal es el mundo de la reciprocidad y de la gracia, que comparte de verdad el que o la que honra a su padre y a su madre.

Honar es tomar en serio a los padres y educadores

Para comprender positivamente «el honor» debido a los padres hay que considerar el sentido original de la palabra en hebreo. «Honrar a uno» quiere decir «reconocerle su importancia, tomarle en serio, no menospreciarlo». La voz de los padres, el legado histórico, hay que tomarlo en serio, porque nadie puede vivir sin tradición. Es sabido dialogar con los predecesores, con los educadores y con los padres, y estimar sus opiniones y consejos, tomándose las propias responsabilidades de hijos e hijas mayores. Sin olvidar los testimonios del amor agradecido que son las visitas, las cartas, los regalos.

Amar a la Iglesia

La Iglesia es la anticipación de la patria definitiva

Familia, Iglesia, Patria: son nuestras tres comunidades de arraigo como cristianos. Las tres son fundamentales y hay que llegar a ser progresivamente miembros activos de las tres.

La Iglesia: es la comunidad de hombres y de mujeres congregadas y puestas en ruta por Jesús. Es una anticipación inmortal de la patria definitiva donde Jesús nos hará habitar.

Engendrándonos a la fe, haciéndonos vivir en la comu-

nión de Cristo, la Iglesia es madre. El cristiano que la conoce desde dentro, sabe su valor irremplazable, valor que le viene de la presencia de Dios y de su Espíritu. Conoce también sus flaquezas humanas. Serle fiel no consiste en portarse como niño menor y tímido, sino en llegar a ser «piedra viviente» del edificio de Dios, mostrándose miembro activo y responsable.

Este amor a la comunidad de raigambre espiritual no es cerrazón a las demás confesiones religiosas, muy al contrario. Porque la Iglesia, en su realidad humana, tampoco puede plantarse como un absoluto. Es siempre relativa a Dios. Pues bien, el creyente cree que el Espíritu divino trabaja en el mundo, pero más directamente todavía allí donde se proclama el nombre de Cristo. Sabe sin duda (porque lo ha experimentado) que esta proclamación del nombre de Jesús puede ser parcialmente infiel a su voluntad.

Pero sabe que todo camino a Dios, aun el más alejado de la meta avistada, es llamamiento a ahondar la propia fe. Porque ama a la Iglesia de la que es solidario, el verdadero creyente está abierto a la universalidad cristiana y, a través de ella, a la universalidad de la búsqueda religiosa. Es *ecuménico* (universal).

Amar a la patria

Si biológicamente nacemos de nuestros padres, a través de ellos nacemos espiritualmente de un grupo mucho más vasto. Los psicólogos nos enseñan hoy hasta qué punto nuestra vida mental está modelada por el lenguaje, construido en el curso de una larga historia común. Sin duda, hoy la palabra «patria», como la de «padre», es objeto de ciertas críticas. Pero el cristiano no debe dejarse arrastrar por modas, engendradas de errores y exageraciones en sentido contrario.

En efecto, en el curso de la historia se ha hecho de la patria, como de los padres, unos absolutos en cuyo nombre se ha encerrado a hombres y a mujeres en un círculo cerrado. El Nacionalismo no es entonces más que la manifestación perversa del amor a una comunidad centrada sobre sí. Impidiendo la apertura a una comunidad más universal, la humanidad tomada en su totalidad, pretende imponer falsos dioses: la tierra, la sangre o la raza.

El cristiano no puede adorar más que a Dios y no puede servir sin condiciones más que la causa de Jesucristo y de Reino. Buen ciudadano por esta razón, pero no un ciudadano

no del todo tranquilizante para los que pretenden divinizar la causa de la patria, de un partido o de alguna otra comunidad humana.

«La patria hay que cuidarla como la niña de los ojos» (Juan Pablo II).

*Amar a la patria
con un amor
exigente*

Por eso el cristiano ama su patria con un amor exigente por ella misma. Con una lucidez y un sentido crítico que no merma la verdadera fidelidad. Deseando para su país la verdadera grandeza: la que procede de la justicia, del servicio de los derechos del hombre, del triunfo de los valores que hacen crecer la humanidad. Jesús lloró dos veces, nos dice el Evangelio: ante la tumba de Lázaro, su amigo, y ante Jerusalén, la capital de su patria. Entrevió en su ciencia profética la destrucción de la ciudad y del Templo por los ejércitos de Tito y de Vespasiano el año 70. Jesús amaba su patria judía y se contristó profundamente al verla rechazar el mensaje del Evangelio.

Amar la patria con un amor exigente por sí mismo. Esta patria tiene un rostro: el de la propia familia, de los propios hijos, amigos, compañeros. Todos reclaman un amor responsable de sus vidas y de sus libertades fundamentales. La cumbre suprema de este amor responsable puede ser la aceptación de la muerte en el campo de batalla. «Defendiendo con las armas la patria injustamente atacada, se defiende la dignidad humana de todos los compatriotas y se contribuye a impedir que la humanidad degenera en una jungla.

*Interesarse por
la política*

Entre las tareas de un patriotismo abierto y renovado, la actividad política depara un campo de acción. Puesto que se comparte el destino común del propio país y se goza de sus ventajas, es lógico tratar de ejercer sobre él la influencia más positiva posible. Los que se desinteresan completamente de la política muestran o bien que no han comprendido su importancia, o bien que son egoístas. Aun si se excusan diciendo que la política no es muy limpia. No es razón para descartarse. Antes al contrario, habría que comprometerse para sanearla. «Los que son o pueden llegar a ser capaces de ejercer el difícilísimo, pero nobilísimo arte de la política, deben disponerse; que se entreguen a ello con celo, sin preocuparse de su interés personal, ni de ventajas materiales. Luchen con integridad y prudencia contra la opresión y la injusticia, contra el absolutismo y la intolerancia, sean de un hombre o de un partido político. Dedíquense al bien de todos con sinceridad, más todavía, con el amor y el coraje requeridos por la vida política» (Vaticano II).

Como fácilmente se reconstruyen las barreras entre las naciones, generando reflejos egoístas de proteccionismo, eri-

giéndose unas contra otras en el olvido de la solidaridad, los jóvenes cristianos deben ser testigos y promotores de la fraternidad universal.

Amar más allá de la propia patria

Ser creador de paz

«Bienaventurados los creadores de paz...», proclamó Jesús. «La paz no es una utopía, ni un ideal inaccesible, ni un sueño irrealizable... La paz es posible. Y porque es posible, la paz es un deber. Un deber muy grave. Una responsabilidad suprema» (Juan Pablo II). Trabajar por la paz, pero ¿cómo? He aquí unas pistas:

Interesarse teóricamente por la paz. Desapasionar los problemas de la guerra y de la paz, tratar de razonar, de analizar, de dialogar, mientras que las relaciones humanas andan comúnmente regidas por la pasión. Formar en sí el sentido internacional, adquirir una conciencia planetaria, estudiar los derechos del hombre, las organizaciones internacionales (ONU; UNESCO; FAO). Conocer las civilizaciones y los pueblos extranjeros mediante estudios sistemáticos. Practicar la paz en la vida cotidiana. Desprenderse del egoísmo individual y del espíritu de clan. Liberarse de las reacciones tímidas y pasionales. Desarrollar en sí la simpatía por todos. Rechazar el engranaje de la violencia recíproca. Respetar a los adversarios. Dedicar tiempo y fuerzas a «microrealizaciones» de solidaridad contra el hambre, el subdesarrollo económico y cultural, la enfermedad, las epidemias, las plagas naturales. Trabajar por transformar la opinión pública.

La paz necesita gente joven, mujeres y hombres nuevos por un mundo nuevo: el mundo querido por Jesús, que encomendó la paz a manos humanas, para que la realicen. Porque la paz, en el sentido bíblico del término, es más que una ausencia de perturbaciones, conflictos y guerras: es la plenitud de la vida y de las relaciones humanas en el diálogo y en la justicia.

Textos bíblicos

54. La Biblia, Antiguo Testamento, Génesis 9, 1-17. Noé, cuyos hijos

55. El sabio refuerza con promesas el precepto de honrar padre y madre

«Quien honra a su padre expía sus pecados; como el que atesora es quien da gloria a su madre. Quien honra a su padre recibirá contento de sus hijos, y en el día de su oración será escuchado. Quien da gloria al padre vivirá largos días, obedece al Señor quien da sosiego a su madre; como a su Señor sirve a los que le engendraron. En obra y palabra honra a tu padre, para que te alcance su bendición. Pues la bendición del padre afianza la casa de los hijos, y la maldición de la madre destruye los cimientos. No te glories en la deshonra de tu padre, que la deshonra de tu padre no es gloria para ti. Pues la gloria del hombre procede de la honra de su padre, y baldón de los hijos es la madre en desdoro. Hijo, cuida de tu padre en su vejez, y en su vida no le causes tristeza. Aunque haya perdido la cabeza, sé indulgente, no le desprecies en la plenitud de tu vigor. Pues el servicio hecho al padre no quedará en olvido, será para ti restauración en lugar de tus pecados. El día de tu tribulación se acordará El de ti; como hielo en buen tiempo, se disolverán tus pecados. Como blasfemo es el que abandona a su padre, maldición del Señor quien irrita a su madre» (Sirácida 3, 3-16).

56. Jesús encomienda su madre a su discípulo amado

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'. Luego al discípulo: 'Ahí tienes a tu madre'. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Juan 19, 25-27).

57. Jesús reconoció al César, pero no le puso en el mismo plano de Dios

«Y le preguntaron: 'Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud, y que no tienes en cuenta la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios: ¿Nos es lícito pagar tributo al César o no?'. Pero él, habiendo conocido su astucia, les dijo: 'Mostradme un denario. ¿De quién lleva la imagen y la inscripción?'. Ellos contestaron: 'Del César'. El les dijo: 'Pues bien, lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios'. No pudieron sorprenderle en ninguna palabra ante el pueblo y, maravillados por su respuesta, se callaron» (Lc 20, 21-26).

58. Jesús amó a su patria. Lloró ante Jerusalén, su capital

«Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: '¿Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita'» (Lucas 19, 41-44).

La paz es un don de Dios

«Os dejo la paz, os doy mi paz; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: 'Me voy y volveré a vosotros'. Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más que yo. Por eso os lo he dicho antes de que me suceda, para que cuando suceda creáis» (Juan 14, 27-29).

60. La paz encomendada a los cristianos

«Compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad; bendecid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Tened el mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no os complacéis en vuestra propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres; en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, paz con todos los hombres» (Carta a los Romanos 12, 13-18).

En ruta al año 2000

Después de este recorrido en diez etapas, comprenderás mejor lo que es una verdadera moral: una Vía de sabiduría, cierto arte de vivir, un humanismo a construir. «Hacer bien el hombre», como decía Montaigne, un conjunto de valores a asumir personalmente.

Pero la moral es también el conjunto de valores que toda sociedad tiene que asumir para sobrevivir.

Hoy joven, actualmente en período de formación, serás mañana uno de los agentes o árbitros de la sociedad, uno de los responsables del mundo del año 2000. Un mundo con sus oportunidades y sus riesgos.

No podrás atravesar este mundo como viajero, preocupado solamente de tu propia dicha espiritual, individual. Si se tratara de alcanzar sólo la meta final personal, las condiciones de la vida y de la felicidad en esta tierra resultarían accesorias. No querrás caer en la trampa de este falso espiritualismo. Hombre auténtico, querrás sentirte solidario de las evoluciones y de los combates de tu época, responsable de un rostro más dichoso de toda la humanidad.

El Evangelio será para ti luz y fuerza, fermento de humanidad y sentido del mundo por hacer. Creerás en la presencia activa en este mundo de Jesús resucitado, que hace venir la Tierra Nueva, la humanidad reconciliada con Dios y consigo misma.

Pero el Evangelio no te propondrá ninguna solución hecha y derecha para construir un mundo de justicia y de hermandad. Tomarás en serio las realidades políticas, económicas y sociales. Sabrás analizarlas con otros, largamente. Antes de comprometerte.

Porque te comprometerás en opciones y acciones políticas, en la organización de la sociedad, en la creación de estructuras y de instituciones. Sin contentarte jamás con indignaciones verbales y pasajeras que, una vez expresadas, permiten a cada cual seguir su tururú cotidiano.

Sabrás compartir con otros hombres y otras mujeres ciertas opciones éticas, uniendo tus esfuerzos y tus combates a los suyos. Con miras a la promoción de los derechos y de los valores que construyan la sociedad. No pretenderás arrogar-

te siempre la última palabra e imponer tu visión de las realidades. En cambio, participarás plenamente en los debates en que otros lleven la voz cantante con sus convicciones humanistas.

No obstante, serás llamado a ir más lejos que ellos, que marcharán a las luces de una razón sabia y avanzarán prudentemente, sabiendo bien dónde poner el pie. Tú estarás presto a afrontar lo imprevisto, presto a acoger las sugerencias del Espíritu Santo, el Espíritu de los Nuevos Tiempos. Entonces serás capaz, en las más complejas situaciones, de ser una especie de genio de improvisación espiritual. Y en los casos más difíciles podrás contar con la comunidad cristiana para guiar tu conciencia y mantener tus compromisos.

Hazte bien tú mismo, como hombre o como mujer, haz que emerja el rostro humano y divino de la humanidad, que ascienda hacia los horizontes del Reino de Jesucristo, hacia la humanidad plenamente salvada, hacia Dios mismo: he aquí tus bellas perspectivas para el año 2000.

Índice de materias

Prefacio (de Mgr. J. Jullien)	7
Sumario	9
I. La moral de Jesucristo: Amar	11
– Las cuestiones de la vida	13
– La respuesta de Jesús	18
Textos bíblicos	19
II. Amar a Dios	23
Textos bíblicos	30
III. Amar el universo	33
– La visión cristiana del universo	35
– El sentido cristiano del trabajo	37
Textos bíblicos	40
IV. Amarse a sí mismo	43
Textos bíblicos	49
V. Amar al prójimo como a sí mismo	53
Textos bíblicos	58
VI. Amar al otro masculino y femenino	61
– Hombre y mujer en la sociedad	63
– Las relaciones hombre y mujer en pareja	66
Textos bíblicos	70
VII. Amar al otro en su vida	73
– Acrecer la vida del prójimo	75
– No poner en peligro la vida del prójimo	77
Textos bíblicos	81
VIII. Amar al otro en la justicia	85
– ¡La justicia! Pero ¿qué justicia?	87
– No robarás	89
– Hacia una sociedad más justa	91
– La doctrina social de la Iglesia	93
– Opciones morales y compromisos prácticos ...	95

- Una inmensa tarea: construir un mundo más justo	96
Textos bíblicos	98
IX. Amar al otro en la verdad	101
Textos bíblicos	107
X. Amar a los allegados	111
- Amar a los padres	113
- Amar a la Iglesia	115
- Amar a la patria	116
- Amar más allá de la patria	118
Textos bíblicos	119
En ruta al año 2000	121